Puro Orgullo

CORAZONES DE HIELO



EVA LUNA RAY

Puro orgullo

Novela de romance deportivo
Un duelo de orgullo entre el control y el caos

Corazones de hielo
Eva Luna Ray

© **2026, Eva Luna Ray.** Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra sin la autorización previa de la autora. El respeto a la propiedad intelectual permite que las historias sigan latiendo y que el hielo siga ardiendo.

Nota de la autora: Esta novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad, jugadores de la liga o eventos deportivos es pura coincidencia o fruto del azar de las mareas.

La serie **«Corazones de Hielo»** es una colección de refugios literarios diseñados para celebrar la fuerza, la redención y el amor que sana incluso las cicatrices más profundas del pasado. Estas páginas son una invitación a detener el tiempo, un viaje sensorial por la intensidad de la pista y un encuentro con lo que de verdad importa.

Gracias por iniciar este viaje conmigo por los rincones más fríos —y a la vez más cálidos— de nuestra geografía emocional. Que la bruma te sea leve y el corazón encuentre, por fin, su puerto seguro.

Índice

Capítulo 1: El intruso en el palco
Capítulo 2: El precio del control
Capítulo 3: Pistas en la oscuridad
Capítulo 4: Daño colateral
Capítulo 5: La oficina del diablo
Capítulo 6: Mantén a tus enemigos cerca
Capítulo 7: Hielo fino
Capítulo 8: La grieta en la armadura
Capítulo 9: Verdades que queman
Capítulo 10: La orden de protección
Capítulo 11: El santuario de cristal
Capítulo 12: El intruso en mi mente
Capítulo 13: El viaje al pasado
Capítulo 14: Sin salida

Capítulo 15: Solo una cama
Capítulo 16: El sonido del silencio
Capítulo 17: La confesión del proscrito
Capítulo 18: Lealtades divididas
Capítulo 19: El pacto del silencio
Capítulo 20: El clímax del Acto 2
Capítulo 21: La resaca del deseo
Capítulo 22: El rastro de la serpiente
Capítulo 23: Justicia de papel
Capítulo 24: Fuera de control
Capítulo 25: El almacén de los Blizzard
Capítulo 26: Hielo y plomo
Capítulo 27: El colapso del muro
Capítulo 28: El sacrificio del peón
Capítulo 29: La verdad tiene un precio
Capítulo 30: El momento de la pérdida
Capítulo 31: La invasión del búnker
Capítulo 32: El renacimiento
Capítulo 33: El dilema de la carrera
Capítulo 34: La última pieza del puzle
Capítulo 35: La gala de los Blizzard
Capítulo 36: El discurso
Capítulo 37: Construyendo el hogar
Capítulo 38: El partido de campeonato
Capítulo 39: La victoria real
Capítulo 40: El cierre del círculo
Capítulo 41: Epílogo

Capítulo 1: El intruso en el palco

El olor a dinero, perfume caro y cera para madera me golpea en cuanto cruzo el umbral de la zona VIP del Ice Palace. Mis botas de cuero, desgastadas por el asfalto de Denver, se hunden en la alfombra azul gélido mientras trato de parecer que pertenezco a este lugar. No es fácil. Mi chaqueta de motorista grita «prensa molesta», mientras que las mujeres a mi alrededor lucen abrigos de cachemira que cuestan más que mi coche.

No he venido por el champán gratis. He venido por la verdad.

Mi contacto, un trabajador de mantenimiento con demasiadas deudas y la lengua floja, me citó detrás del palco cuatro. «Tengo los recibos, Vega», me dijo por teléfono. «Los Blizzard no son tan limpios como su uniforme».

Esquivo a un grupo de patrocinadores ebrios de victoria y me deslizo hacia el pasillo de servicio. El corazón me golpea las costillas. Si consigo esos documentos, la red de apuestas ilegales de Colorado caerá como un castillo de naipes.

Estoy a tres metros de la puerta gris cuando un muro de tela italiana y prepotencia me corta el paso.

El impacto es inevitable. Mi hombro choca contra un pecho sólido como el granito. El impulso me echa hacia atrás, pero unas manos grandes y firmes me sujetan por los antebrazos para evitar que termine en el suelo. El calor de sus palmas atraviesa mi chaqueta de inmediato.

Alzo la vista y me encuentro con un par de ojos grises que parecen tallados en el mismo hielo que la pista exterior.

—Se ha equivocado de pasillo, señorita Vega —su voz es un barítono profundo, cargado de una calma que me pone los pelos de punta.

Marcus Thorne. El arquitecto de las mentiras de los Blizzard. El hombre que limpia los desastres del equipo antes de que el público huela el humo. Hoy no lleva corbata y el primer botón de su camisa blanca está desabrochado, dándole un aire de depredador en reposo que me revuelve el estómago.

—Thorne. —Me saco los brazos de su agarre con un movimiento brusco, aunque la piel me hormiguea donde me ha tocado—. No sabía que ahora también hacías de guardia de seguridad. ¿Te han bajado el sueldo en la agencia?

Marcus entorna los ojos. Me estudia con una intensidad que me hace querer comprobar si llevo todos los botones de la camisa cerrados.

—Hago lo que sea necesario para mantener a los buitres fuera de mi carroña. Y tú hueles a carroña desde el aparcamiento.

—Solo busco una declaración, Marcus. Es mi trabajo.

—Tu trabajo es la ficción, Elena. El artículo que publicaste sobre la supuesta juerga de Julian Ricci en Detroit casi nos cuesta un patrocinador. —Da un paso hacia delante, invadiendo mi espacio personal. Es lo suficientemente alto como para obligarme a inclinar la cabeza—. No voy a permitir que vuelvas a ensuciar el hielo de este equipo.

—La verdad no ensucia, Thorne. Solo despeja la vista. —Doy un paso hacia él, desafiando su estúpida burbuja de poder. Estamos tan cerca que puedo oler su perfume: sándalo, éxito y un rastro metálico de frío—. Déjame pasar.

—No.

—¿Me vas a detener físicamente? —Bajo la mirada a sus manos, que ahora están cerradas en puños junto a sus costados—. Sería un titular excelente: «El agente de los Blizzard agrede a una periodista en la zona VIP».

Marcus suelta una risa seca, carente de cualquier rastro de humor. Se inclina hasta que su boca queda a la altura de mi oreja. Su aliento cálido me eriza el vello de la nuca.

—Lo que voy a hacer es llamar al sheriff que está en la puerta principal. Tienes exactamente diez segundos para darte la vuelta y salir de mi estadio antes de que presente una demanda por allanamiento y acoso.

Me separo de él, sosteniéndole la mirada. Mis dedos pican por alcanzar la grabadora en mi bolsillo, pero sé que me ha ganado esta ronda. Por ahora.

—Este no es tu estadio, Marcus. Solo eres el hombre que barre la basura.

—Entonces asegúrate de no estar en el montón de desperdicios cuando pase la escoba. —Se endereza y se ajusta los puños de la camisa con una parsimonia insultante—. Diez. Nueve...

No retrocedo. No parpadeo. Me quedo ahí, clavada en el suelo, mientras el reloj invisible de Marcus Thorne dicta el final de mi incursión. Él cree que ha ganado porque me ha echado del palco. Lo que no sabe es que, al tocarme, acaba de confirmar que tiene algo muy importante que esconder.

Y yo no pararé hasta descubrir qué es.

Capítulo 2: El precio del control

Cierro la puerta de mi despacho y el silencio absoluto me recibe como un bálsamo. Es un silencio que cuesta caro, diseñado para mantener el caos del mundo exterior a raya. Camino hacia mi escritorio, sintiendo la presión familiar de mis zapatos de piel italiana sobre la moqueta gris ceniza.

Me detengo un segundo frente al gran ventanal que ofrece una vista privilegiada del *Ice Palace*. Abajo, los operarios ya han empezado a limpiar la pista tras la victoria de esta noche contra los Chicago Steel. Debería estar celebrando. Debería estar revisando las métricas de impacto de la campaña de Erick Vane.

Sin embargo, mis manos todavía guardan el rastro de calor de los antebrazos de Elena Vega.

Maldita sea.

Me acerco a mi escritorio y realizo un pequeño ritual para recuperar el equilibrio: alineo la pluma estilográfica con el borde de la agenda de cuero y desplazo el ratón dos centímetros a la derecha. El orden visual siempre ha sido mi forma de controlar el desorden emocional. Pero hoy, el sistema falla. El aroma a cítricos y rebeldía que ella desprende parece haberse filtrado por los conductos de ventilación.

Elena es un peligro público. No es solo una periodista; es un detonador con piernas largas y una lengua demasiado afilada. He pasado los últimos tres años borrando sus huellas, desacreditando sus fuentes y apagando los incendios que intenta provocar. Es persistente, molesta y, por alguna razón que mi lógica se niega a procesar, jodidamente hipnótica cuando se enfada.

El zumbido de mi teléfono privado rompe el silencio. Es un número que nunca trae buenas noticias.

—Thorne al habla —respondo, manteniendo la voz plana.

—Marcus. Tenemos un problema de filtraciones. —La voz de Harrison, uno de los directivos de la liga, suena tensa—. Hay rumores de que alguien está haciendo preguntas peligrosas sobre

los patrones de apuestas en el estado. Dicen que hay una periodista de Denver husmeando en el círculo íntimo de los Blizzard.

Aprieto la mandíbula hasta que me duele.

—Ya me he encargado de ella hace diez minutos, Harrison. Estaba en la zona VIP.

—No es suficiente con echarla del palco. Si esa mujer llega a publicar algo, aunque sea una mentira bien adornada, los patrocinadores huirán antes de que el *puck* toque el hielo. Neutralízala, Marcus. Haz lo que mejor sabes hacer: que la historia desaparezca. O ella desaparecerá del mapa de la liga de forma definitiva.

—Entendido. Yo me encargo.

Corto la llamada y tiro el teléfono sobre la mesa. «Neutralizarla». La palabra suena limpia, profesional, pero ambos sabemos lo que significa en este negocio. Significa comprar su silencio o destruir su credibilidad hasta que nadie le dé trabajo ni para escribir el horóscopo.

Me froto la nuca, deshaciendo el nudo de mi corbata. Elena no se deja comprar y su credibilidad es lo único que posee. Es un hueso duro de roer, pero yo soy el arquitecto de las reputaciones en esta liga y nunca he perdido un edificio.

Me siento en mi silla de cuero y me dispongo a abrir el sistema de seguridad para revisar las grabaciones de las cámaras del pasillo. Quiero ver con quién hablaba antes de chocar conmigo. Pero, al inclinarme hacia adelante, algo me detiene.

En el centro exacto de mi escritorio, justo encima del informe de resultados trimestrales que dejé perfectamente centrado antes del partido, hay un sobre.

Es de color manila, sin remitente, y está cerrado con una gota de lacre negro.

Mi secretaria se marchó hace dos horas y yo mismo cerré la puerta con llave antes de bajar al palco. Nadie debería haber podido entrar aquí. Nadie debería haber roto la simetría de mi santuario.

Con el pulso acelerado por una extraña mezcla de rabia y cautela, tomo el sobre. Pesa más de lo que parece. Lo abro con cuidado y, al

volcar el contenido sobre la madera noble de la mesa, un objeto metálico cae con un tintineo seco.

Es un disco de hockey antiguo, desgastado, con una cruz roja pintada con spray en el centro. Debajo, una nota escrita con letras de molde:

«El orgullo es un muro muy alto, Thorne. Lástima que el hielo siempre termine rompiéndose».

Capítulo 3: Pistas en la oscuridad

Mi apartamento en el centro de Vail Creek no ganará ningún premio de decoración, a menos que exista una categoría para «caos organizado por cafeína». Hay pilas de periódicos antiguos junto al sofá, tazas vacías que parecen experimentos biológicos y una pizarra blanca llena de flechas rojas que conectan nombres de jugadores con cifras que no cuadran.

Cierro la puerta con el doble pestillo y tiro las llaves sobre el mueble de la entrada. Todavía noto la presión de los dedos de Marcus Thorne en mis brazos. Su perfume —esa mezcla de éxito y arrogancia— parece haberse quedado impregnado en las fibras de mi chaqueta.

—Concéntrate, Vega —me ordeno en voz alta, tratando de sacudirme el recuerdo de sus ojos grises.

Me acerco a la pizarra. Los Blizzard han perdido cuatro partidos en el último mes contra equipos de la parte baja de la tabla. En todos ellos, el patrón se repite: una falta innecesaria en el último minuto, un *power play* desaprovechado o un error inexplicable en la zona neutral. No es mala suerte. Es precisión quirúrgica.

Alguien está moviendo los hilos desde el banquillo o desde las oficinas. Y todas las flechas de mi pizarra terminan apuntando al mismo lugar: la dirección de imagen y estrategia. El reino de Marcus.

Me dejo caer en la silla desvencijada frente a mi portátil. El brillo de la pantalla me quema los ojos, pero sigo tecleando. Busco transferencias, sociedades pantalla, cualquier cosa que huela a podrido. De repente, el sonido de una notificación rompe el silencio de la noche.

Es un correo electrónico. No hay remitente, solo una dirección cifrada.

«Estás mirando el lugar correcto, pero a la persona equivocada. Marcus Thorne sabe más de lo que admite, pero no es el dueño de la mano que sujeta la baraja. Busca en el pasado de Detroit».

Me quedo helada. ¿Detroit? Samuel Vance, el portero, vino de allí con una maleta llena de secretos, pero Marcus siempre ha sido el

niño dorado de la liga. ¿Qué tiene que ver él con los bajos fondos de la ciudad del motor?

Antes de que pueda procesar la información, un ruido seco me hace saltar del asiento.

Viene de la entrada.

Me quedo inmóvil, conteniendo la respiración. Vivo en un edificio antiguo donde las tuberías se quejan y los vecinos no conocen el concepto de silencio, pero esto es diferente. Es el sonido metálico de algo rozando el cilindro de la cerradura. Alguien está introduciendo una ganzúa con una lentitud desesperante.

El corazón me golpea el pecho con una violencia que me marea. No tengo armas. No tengo un protocolo de seguridad como los que seguramente tiene Thorne en su ático de cristal. Solo tengo mi grabadora y una lámpara de pie que apenas se sostiene derecha.

La manilla de la puerta gira un milímetro. Luego otro.

El pestillo, ese que puse con tanta confianza hace diez minutos, empieza a ceder bajo la presión externa. Me acerco sigilosamente a la cocina y agarro el cuchillo de pan, la única herramienta medianamente intimidante que poseo. Las manos me tiemblan, pero la rabia empieza a ganar terreno al miedo.

Si creen que pueden asustarme en mi propia casa para que deje de investigar, no conocen a Elena Vega.

La puerta cede un centímetro, dejando entrar un hilo de luz fría del pasillo. Me pego a la pared, con el cuchillo en alto y el pulso a mil revoluciones, lista para enfrentar a quien sea que se atreva a cruzar mi umbral.

Capítulo 4: Daño colateral

El ambiente en el vestuario de los Blizzard es tan denso que casi se puede tocar. No es el habitual olor a sudor y cinta de grip; es el aroma rancio del miedo. Los jugadores evitan mirarse mientras se quitan las protecciones, y el sonido de los patines golpeando el suelo de goma suena como una cuenta atrás.

Me detengo en el centro del habitáculo, ajustándome los puños de la camisa. Mi presencia aquí siempre significa problemas, y ellos lo saben.

—Vane, Vance. Al despacho del entrenador. Ahora —ordeno sin elevar el tono. No lo necesito.

Erick y Samuel intercambian una mirada cargada de significado antes de seguirme. Una vez dentro, cierro la puerta y me apoyo en el escritorio, cruzando los brazos sobre el pecho.

—El equipo está jugando como si tuvieran piedras en los patines —empiezo, clavando la vista en Erick—. Y tú, como capitán, deberías saber por qué.

Erick se pasa una toalla por la nuca, su mandíbula tensa. —Hay rumores, Marcus. La gente habla en los pasillos sobre las cuotas de apuestas y resultados amañados. Los chicos no son estúpidos. Temen que, si el barco se hunde, ellos se ahoguen primero.

—Nadie se va a ahogar si mantienen la boca cerrada y hacen su trabajo —respondo, dejando que mi voz se vuelva gélida—. Soy el arquitecto de vuestras reputaciones. He construido vuestras marcas personales ladrillo a ladrillo. Si descubro que alguien está filtrando información a la prensa, me encargaré personalmente de que no vuelvan a pisar el hielo ni para recoger nieve.

Samuel, siempre el más observador, se apoya en la pared con los brazos cruzados. —Te refieres a Elena Vega, ¿verdad? La vimos en el palco. No es el tipo de mujer que se asusta con una mirada tuya, Thorne.

Antes de que pueda contestar, la puerta se abre y Marina entra con una tableta en la mano y el gesto preocupado. Como estratega de imagen, ella es la única que se atreve a interrumpirme.

—Marcus, tenemos que hablar —dice, ignorando la tensión ambiental—. He tratado con periodistas de todo tipo en Nueva York, pero Elena es diferente. No busca un titular; busca sangre. Si cree que hay una historia, no se detendrá hasta llegar a la médula. No puedes intimidarla como si fuera un novato de la liga.

—Ya lo he intentado —admito, sintiendo un tic molesto en la mandíbula—. Es testaruda.

—Es peligrosa —corrige Marina—. Y si la arrinconas demasiado, morderá.

Suelto un suspiro impaciente y salgo del despacho. Necesito aire frío, necesito recuperar la sensación de que tengo las riendas de esta situación. Camino por el pasillo hacia la salida de emergencia cuando mi teléfono vibra en el bolsillo.

Es un mensaje de uno de mis contactos en la policía local, alguien a quien pago para que me mantenga informado de cualquier incidente que involucre al equipo... o a sus satélites.

«Intento de robo en el 412 de Maple St. La inquilina, Elena Vega, está ilesa, pero la cerradura ha sido forzada con saña. El agresor huyó cuando ella opuso resistencia».

El mundo parece detenerse un segundo. Un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura del pabellón me recorre la espalda. Maple Street es una zona de edificios antiguos, con poca seguridad y pasillos oscuros.

Debería llamar a Harrison. Debería aprovechar esto para desacreditarla, alegando que sus "contactos" del hampa se están volviendo contra ella. Es la jugada lógica. Es lo que el Marcus Thorne de hace una semana habría hecho sin dudar.

Sin embargo, mis pies ya se están moviendo hacia el aparcamiento.

—¿A dónde vas? —grita Erick a mis espaldas—. ¡Tenemos la reunión con los patrocinadores en veinte minutos!

—Pospónla —respondo sin mirar atrás, sacando las llaves del coche—. Tengo que neutralizar un daño colateral.

Miento. No voy a neutralizar nada. Voy a asegurarme de que ella sigue respirando, aunque eso signifique quemar mi propia agenda y mi preciado control en el proceso.

Capítulo 5: La oficina del diablo

Thorne & Co. no es una agencia de comunicación; es un mausoleo dedicado al ego de Marcus Thorne. El vestíbulo huele a mármol frío y a éxito despiadado. La recepcionista, una mujer con un peinado tan tenso que me duele a mí, intenta detenerme, pero paso por su lado con la inercia de quien no tiene nada que perder.

Llevo la misma ropa de ayer. Tengo los nudillos raspados de cuando golpeé al tipo que intentó entrar en mi casa y el café que corre por mis venas es lo único que me mantiene en pie.

Empujo las puertas dobles de su despacho sin llamar.

Marcus está de pie tras su escritorio, con el teléfono pegado a la oreja. Se queda helado al verme. Sus ojos grises recorren mi aspecto desaliñado —mi chaqueta de cuero con un nuevo rasguño y mi pelo hecho un desastre— y veo cómo su mandíbula se tensa.

—Te llamo luego —dice por el auricular y cuelga sin apartar la vista de mí.

—Me han dicho que has ido a mi casa esta mañana, Thorne —suelto mientras camino hacia su escritorio—. Lástima que no estuviera para ofrecerte un té. Tenía la cerradura algo... indispuesta.

Marcus rodea la mesa. No parece el ejecutivo impecable de anoche; hay algo salvaje en su forma de moverse, una urgencia que intenta ocultar bajo su traje de tres piezas.

—Estás herida —dice, y su voz suena más ronca de lo habitual. Alarga una mano hacia mi cara, pero me aparto de un manotazo.

—No me toques. No he venido por tu lástima, ni para que juegues a ser mi caballero de brillante armadura italiana. He venido a negociar.

Me siento en su escritorio. No en la silla frente a él, sino directamente sobre la madera pulida, justo encima de sus informes perfectamente alineados. Disfruto del tic que aparece bajo su ojo izquierdo al ver cómo mi bota sucia roza su agenda de piel.

—Bájate de ahí, Elena —advierte con un tono que pretende ser autoritario, pero que suena peligrosamente bajo.

—He avanzado en mi investigación. Sé que el dinero de las apuestas se mueve a través de una red que toca Detroit y termina en las cuentas de los Blizzard. —Saco un sobre de mi bolsillo, aunque solo contiene facturas de la luz. Él no necesita saberlo—. Tengo suficiente para un artículo incendiario. «Corrupción en el hielo: el imperio de cristal de Marcus Thorne». ¿Te gusta el titular?

Marcus se acerca tanto que puedo oler su loción para después del afeitado. No retrocedo. La cercanía es un campo de batalla y estoy dispuesta a arder en él.

—No tienes pruebas sólidas. Si las tuvieras, estarías en la redacción, no aquí.

—Tengo lo suficiente para que los patrocinadores se pongan nerviosos. Y tú odias el nerviosismo, Marcus. Te gusta el orden. Te gusta el silencio. —Me inclino hacia él, invadiendo su espacio personal hasta que nuestras respiraciones se mezclan—. Dame acceso total. Al vestuario, a los viajes, a los entrenamientos. Quiero ser la sombra de los Blizzard durante el próximo mes. Si no encuentro nada, quemaré el sobre. Si lo encuentro... bueno, al menos tendrás la oportunidad de controlar el daño antes de que yo le dé a «publicar».

Marcus guarda silencio. Puedo ver el engranaje de su mente trabajando, calculando riesgos, sopesando mi valor frente al peligro que represento. Se apoya en la mesa, atrapándome entre sus brazos sin llegar a tocarme. El calor que emana de su cuerpo me descoloca, recordándome por un segundo el contacto de anoche en el pasillo.

—Quieres entrar en mi mundo —susurra, y sus ojos bajan un segundo a mis labios antes de volver a chocar con los míos—. Quieres jugar con fuego en una pista de hielo.

—Quiero la verdad.

Él suelta una risa seca, oscura.

—Está bien, Elena. Tendrás tu acceso. Te daré un pase de consultora externa de comunicación. Pero no vas a ir por libre.

—¿Qué quieres decir?

Marcus endereza la espalda y recupera esa sonrisa de tiburón que tanto detesto.

—Si quieres ser la sombra del equipo, serás la mía. No darás un paso sin que yo lo autorice. No hablarás con un jugador sin que yo esté delante. Comerás donde yo coma y viajarás en mi coche. —Se inclina de nuevo, esta vez con una determinación que me hace tragar saliva—. Acepto tu chantaje, pero con una condición: trabajarás bajo mi supervisión constante. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Me quedo sin habla. Quería una puerta abierta y él acaba de construirme una jaula de oro.

—¿Aceptas, Vega? ¿O tienes miedo de lo que puedas encontrar si miras demasiado cerca?

Sostengo su mirada, ignorando el vuelco que me ha dado el corazón.

—Acepto, Thorne. Prepárame el escritorio.

Capítulo 6: Mantén a tus enemigos cerca

—Es una estrategia de contención, Harrison. Nada más.

Sostengo el teléfono con el hombro mientras intento realinear los archivistas que Elena ha desplazado hace apenas cinco minutos. La junta directiva de los Blizzard no está contenta con tener a una periodista de investigación husmeando en el corazón de la agencia, pero mi palabra sigue siendo ley. De momento.

—No me gusta, Marcus —responde Harrison al otro lado de la línea—. Esa mujer es un virus. Los virus se aíslan, no se les da un pase de prensa.

—A los virus se les estudia para crear la vacuna. Si la tengo aquí, sé con quién habla, qué busca y qué pruebas tiene. Si la echo, se esconderá en las sombras y no veré venir el golpe. Confía en mí.

Cuelgo antes de que pueda replicar. Mentir a la directiva es una cosa, pero mentirme a mí mismo empieza a ser peligroso. Sí, quiero saber qué sabe, pero también hay una parte de mí, una parte irracional y persistente, que no ha dejado de pensar en el ruido que hizo la cerradura de su casa al ser forzada.

Salgo de mi despacho y me detengo en el umbral.

El pasillo de la zona ejecutiva, antes un templo de mármol y silencio, ha sido profanado. Le he asignado un escritorio justo fuera de mi puerta, un espacio que antes estaba vacío y que ahora parece zona de guerra.

Elena está sentada con las piernas cruzadas sobre la silla ergonómica de mil dólares. Tiene tres tazas de café vacías formando un triángulo sobre la mesa, un montón de notas adhesivas fluorescentes pegadas incluso en el marco de la pantalla y el pelo recogido en un moño que desafía las leyes de la gravedad.

Es puro caos.

Observo cómo habla por teléfono mientras garabatea algo en un cuaderno con una intensidad feroz. Se muerde el labio inferior cuando escucha algo que no le gusta, y ese pequeño gesto me distrae más de lo que estoy dispuesto a admitir. El contraste con mi

mundo es absoluto. Yo soy líneas rectas y algoritmos; ella es curvas y corazonadas.

—No, no me importa que sea una fuente anónima —dice ella casi en un susurro, ajena a mi presencia—. Si el dinero pasó por Detroit, tiene que haber un rastro en el registro de propiedad. Llámame cuando lo tengas.

Cuelga con un golpe seco y suspira, pasándose las manos por la cara. Es entonces cuando me ve.

—¿Te diviertes, Thorne? —pregunta, arqueando una ceja—. ¿O solo compruebas que no me he llevado la cubertería de plata?

—Compruebo que no has incendiado la oficina con tanta cafeína —respondo, acercándome a su mesa—. Tu método de trabajo es... poco ortodoxo.

—Mi método funciona. Y no necesito que el papel esté alineado con el norte magnético para encontrar la verdad.

Me inclino sobre su escritorio para recoger una carpeta que ha caído al suelo. Al hacerlo, mi mirada cae sobre su pantalla, que ha quedado abierta en su bandeja de entrada. Elena intenta cerrarla con un movimiento rápido, pero soy más veloz. Mis años entrenando la vista para detectar detalles en los contratos me sirven ahora para algo mucho más oscuro.

Hay un correo abierto. El asunto es una serie de números aleatorios. El cuerpo del mensaje no tiene texto, solo una imagen adjunta.

—Elena, abre ese correo —ordeno, y mi voz recupera el tono de autoridad que uso con los jugadores más rebeldes.

—No es de tu incumbencia. Es una pista.

—Ábrelo. Ahora.

Ella bufa, pero hace clic. La imagen se carga lentamente. Es una fotografía de ella, tomada desde lejos, entrando en este mismo edificio hace apenas una hora. Sobre su rostro, alguien ha dibujado una diana con pintura roja. Debajo, un texto breve: *«La próxima vez no fallaremos la cerradura. Deja de cavar o te enterraremos en el hielo»*.

El aire se escapa de mis pulmones. Esto ya no son advertencias legales de abogados corporativos. Esto es una amenaza de muerte

real, tangible y cercana.

Miro a Elena. Ella intenta mantener la barbilla alta, pero sus dedos, que todavía sujetan el ratón, tiemblan de forma casi imperceptible.

—Son gajes del oficio —dice, aunque su voz suena un poco más aguda de lo normal.

—No, Elena. Esto no son gajes de nada. —Cierro su portátil de un golpe y la obligo a ponerse en pie sujetándola por los hombros—. Te he traído aquí para tenerte cerca, pero parece que te he traído directamente a la línea de fuego.

Recojo su chaqueta y su bolso antes de que pueda protestar.

—¿Qué haces? —exclama ella—. ¡Tengo trabajo!

—El trabajo se ha acabado por hoy. No vas a volver a ese apartamento y no te vas a quedar aquí sola.

—¿Ah, sí? ¿Y a dónde se supone que voy a ir, según tú, mi gran protector?

Me acerco a ella, ignorando el aroma a cítricos que vuelve a nublar mi juicio.

—A mi casa. Es el único lugar de este pueblo con cristales blindados y seguridad veinticuatro horas. Y no acepto un no por respuesta, Vega. Mi orgullo puede soportar tu caos, pero no tu cadáver.

Capítulo 7: Hielo fino

El frío del Ice Palace me cala hasta los huesos, pero me niego a temblar. No delante de él.

Camino por la banda de la pista, siguiendo los pasos decididos de Marcus. El sonido de las cuchillas cortando el hielo y el golpe seco de los sticks contra el puck resuenan en las gradas vacías. El entrenamiento de los Blizzard es una coreografía de fuerza bruta, y Marcus lo observa todo como un general revisando a sus tropas.

Llevo mi grabadora en la mano, lista para saltar sobre cualquier jugador que se acerque a la valla, pero Marcus es un muro más infranqueable que Samuel Vance en la portería.

—Ni se te ocurra, Elena —dice sin mirarme, con los ojos fijos en la jugada de power play que ensayan en el centro—. No vas a interrumpir el entrenamiento para preguntar sobre hojas de cálculo.

—Soy consultora externa, Thorne. Mi trabajo es hablar con los protagonistas —replico, acelerando el paso para ponerme a su altura —. ¿O es que tienes miedo de que Julian Ricci me cuente algo que no esté en tu guion de relaciones públicas?

Marcus se detiene en seco y me mira desde su altura. El aire que sale de su boca forma una pequeña neblina fría.

—Mi "guion" es lo que mantiene a este equipo fuera de la sección de sucesos. Haz el favor de quedarte detrás de la línea roja.

El entrenamiento termina y los jugadores patinan hacia el banco, sudorosos y jadeantes. Veo mi oportunidad cuando Erick Vane se quita el casco. Me acerco antes de que Marcus pueda reaccionar.

—¡Erick! —exclamo, elevando la voz para que me oigan todos—. ¿Es cierto que la directiva está limitando vuestras declaraciones sobre la seguridad del equipo por miedo a que la verdad afecte a las acciones? ¿O es que Marcus os ha prohibido pensar por vuestra cuenta?

El silencio cae sobre el banco de repente. Los jugadores se quedan inmóviles. Erick me mira con sorpresa y luego desvía la vista hacia Marcus, cuya mandíbula parece a punto de estallar. He cuestionado su autoridad en su santuario, delante de sus hombres.

—La señorita Vega tiene una imaginación muy fértil —interviene Marcus. Su voz es tan baja y peligrosa que un escalofrío me recorre la espalda—. Pero el tiempo de prensa se ha acabado.

Antes de que pueda abrir la boca para replicar, Marcus me agarra del brazo. No es un gesto violento, pero es firme, una advertencia de carne y hueso. Me arrastra lejos de los jugadores, ignorando mis protestas, y me empuja hacia el rincón más oscuro del pasillo que conduce a los vestuarios.

Me estampa suavemente contra la pared de cemento frío. Sus manos se apoyan a ambos lados de mi cabeza, atrapándome en el pequeño espacio entre su cuerpo y el muro.

—¿Te has vuelto loca? —sisea, acortando la distancia hasta que nuestras narices casi se rozan—. Estás jugando con fuego en una habitación llena de gasolina. No vuelvas a socavar mi autoridad delante de ellos. Jamás.

—¿Y qué vas a hacer, Thorne? —Lo desafío, aunque el corazón me late tan fuerte que temo que pueda oírlo—. ¿Vas a despedirme? ¿Vas a encerrarme en tu ático para que no pueda hacer preguntas incómodas?

Sus ojos grises bajan a mis labios y se quedan allí, anclados. La rabia en su mirada empieza a transformarse en algo mucho más denso, más oscuro. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, un contraste violento con el frío del pasillo. Marcus se inclina un milímetro más. Su respiración golpea mi boca, y por un segundo, el mundo exterior desaparece.

Quiero apartarlo y, a la vez, quiero agarrarlo por las solapas de su abrigo y terminar con esta tortura. El silencio entre nosotros es eléctrico, una cuerda tensada al máximo que está a punto de romperse. Él cierra los ojos, rindiéndose, y yo entreabro los labios...

¡CRACK!

Un estrépito violento llega desde la pista. Es el sonido del plexiglás rompiéndose o de un cuerpo golpeando la valla con una fuerza inhumana.

Marcus se separa de mí de golpe, recuperando la máscara de frialdad en un parpadeo. Me deja allí, temblando y con los labios encendidos, mientras corre hacia el hielo.

—¡Quédate aquí! —me ordena sin mirar atrás.

Pero yo ya estoy corriendo detrás de él. El baile de poder ha terminado; algo ha salido terriblemente mal en el hielo de los Blizzard.

Capítulo 8: La grieta en la armadura

El estruendo todavía resuena en mis oídos mientras salto al hielo. No me importa arruinar mis zapatos de piel italiana; lo único que veo es a Julian Ricci tendido cerca de la portería, con el plexiglás astillado a su alrededor.

—¡Médicos! —grito, y mi voz corta el aire gélido del pabellón como un latigazo.

Entro en modo gestión de crisis de inmediato. Es un mecanismo de defensa que se activa solo: aparto a los jugadores, ordeno silencio a los técnicos y llamo a la jefa de seguridad antes incluso de que Julian recupere el aliento. Mi mente es una hoja de cálculo evaluando daños, riesgos de prensa y el estado del hombro de nuestra estrella.

Por el rabillo del ojo, veo a Elena en la banda. No tiene la libreta en la mano. Su mirada no es la de una periodista que acaba de encontrar una primicia, sino la de alguien que acaba de ver a un hombre romperse.

Dos horas después, el *Ice Palace* es un mausoleo de luces tenues. He pasado el tiempo redactando comunicados, llamando a patrocinadores y asegurándome de que el informe del "accidente" sea lo suficientemente ambiguo para no desatar el pánico. Pero no estoy solo.

Elena está sentada en el sofá de cuero de mi despacho, observándome mientras hablo por teléfono por décima vez.

—No ha sido un accidente, ¿verdad, Marcus? —pregunta cuando por fin cuelgo.

Me froto la nuca, deshaciendo el nudo de mi corbata. El peso del equipo me aplasta los hombros. No es solo orgullo; es la responsabilidad de que estos chicos, que son como mi familia, no terminen pagando por los pecados de los despachos.

—La valla estaba manipulada, Elena. —Me rindo, dejándome caer en mi silla—. Alguien quería que Julian no jugara el sábado.

Ella se levanta y se acerca a la pequeña mesa donde ha dejado un par de cajas de comida china que pedimos hace un rato. Me tiende

unos palillos.

—Come algo, Thorne. El mundo no se va a hundir porque dejes de ser el "Arquitecto" durante diez minutos.

Cenamos en un silencio extraño, casi cómodo. Por primera vez desde que la conozco, las defensas han bajado. Ella no me ataca y yo no intento neutralizarla. Me cuenta una historia sobre sus inicios en un diario local de Denver y yo me sorprendo a mí mismo riendo. Es una tregua necesaria en mitad de la tormenta.

—¿Por qué lo haces? —pregunta ella, dejando la caja sobre la mesa—. ¿Por qué te echas todo este lodo encima para proteger a unos tipos que a veces ni te aguantan?

—Porque alguien tiene que hacerlo, Elena. Porque si yo no pongo la cara, se la partirán a ellos.

Me levanto para ir a por una botella de agua al mueble bar, dejando vía libre a mi escritorio. Elena, impulsada por su curiosidad crónica, se acerca a la estantería donde guardo mis libros de economía y algunas fotos de protocolo.

Escucho un silencio demasiado prolongado.

Me giro y la encuentro con un portafotos de plata en las manos. Lo ha sacado de detrás de un tomo de derecho mercantil, un lugar donde nadie debería mirar.

—Marcus... —Su voz ha cambiado. Hay un rastro de asombro y algo que parece pena—. Este hombre de la foto... lleva el uniforme de los Blizzard de los años ochenta. Pero su nombre en la placa de la taquilla no es Thorne.

Siento que el aire se vuelve escaso. El secreto que he enterrado bajo capas de trajes caros y mentiras profesionales está ahora entre sus dedos manchados de salsa de soja.

—Suéltalo, Elena. No es asunto tuyo.

—Es el hombre que fue expulsado por la red de apuestas hace treinta años —dice ella, girándose hacia mí con los ojos muy abiertos —. Es tu padre, ¿verdad?

El silencio que sigue es tan denso que parece que el hielo de la pista se ha trasladado al despacho. La grieta en mi armadura ya no es un rasguño; es un abismo, y Elena Vega acaba de asomarse a él.

Capítulo 9: Verdades que queman

El silencio en el despacho de Marcus es tan denso que parece que el oxígeno ha desaparecido. Sigo con los dedos rozando la fotografía antigua, sintiendo el peso de un secreto que ha permanecido oculto bajo capas de trajes de mil dólares y una reputación impecable.

Marcus Thorne no nació en una cuna de oro. Nació en una de deudas.

—Suéltala, Elena —su voz es un latigazo. Se ha levantado y camina hacia mí con una rigidez que asustaría a cualquiera, pero yo ya he visto la grieta.

—Tu padre era Julian Thorne —digo, sin apartar la vista de la imagen—. El defensa estrella que desapareció de la liga de la noche a la mañana. La versión oficial fue una lesión degenerativa, pero los archivos de Detroit dicen otra cosa. Dicen que le pillaron amañando partidos para pagar deudas de juego.

Marcus me arrebata la foto con un movimiento brusco y la guarda en el cajón de su escritorio. Cierra la madera con un golpe seco que resuena en todo el edificio.

—No sabes nada de lo que pasó en Detroit. No eres más que una carroñera buscando restos en un cementerio que no te pertenece.

—Sé lo suficiente, Marcus. Sé que te cambiaste el apellido. Sé que has dedicado cada segundo de tu vida profesional a construir una imagen de perfección absoluta. —Me acerco a él, rodeando el escritorio, obligándole a mirarme—. Lo que no sé es de qué lado estás. ¿Estás protegiendo a los Blizzard porque amas el hockey, o porque estás encubriendo a la misma red que destruyó a tu padre?

Marcus suelta una risa amarga, pero sus ojos grises están cargados de una furia gélida que me hiela la sangre.

—¿Crees que soy como él? ¿Crees que después de ver cómo le quitaban la casa, el honor y la vida a mi madre por culpa de una mala mano de cartas, yo me sentaría a la mesa con esos bastardos?

—Entonces ayúdame —le pido, y mi voz suena más suave de lo que pretendía—. Si estás intentando detenerlos para que la historia

no se repita, déjame entrar de verdad. No me uses solo como una consultora de imagen.

Él se da la vuelta, dándome la espalda. Se apoya en el ventanal, mirando las luces de Vail Creek. El hombre de hielo ha regresado; su postura es una barrera que no admite más preguntas.

—Vete a casa, Elena. Mañana a las siete tenemos el viaje a Denver. No llegues tarde.

—No me voy a ir hasta que me mires a la cara y me digas que no sientes nada por lo que está pasando —lo desafío, plantándome en su espacio personal.

Él se gira de golpe. La distancia entre nosotros desaparece en un parpadeo. Me agarra por los hombros, no con fuerza, sino con una desesperación que me corta la respiración. Sus ojos recorren mi rostro como si estuviera intentando descifrar un código que se le escapa.

—¿Quieres saber qué siento? Siento que mi mundo estaba perfectamente ordenado antes de que tú entraras por esa puerta. Siento que cada vez que me miras con esa estúpida suficiencia periodística, tengo ganas de besarte y de gritarte al mismo tiempo.

—Marcus...

—No —me interrumpe, y su pulso late con fuerza en el cuello—. Llevo diez años siendo una máquina, Elena. Diez años en los que nadie ha podido ver lo que hay detrás del traje. Y llegas tú, con tus notas adhesivas y tus preguntas de mierda, y eres la única persona en una década que ha logrado hacerme sentir algo.

Su confesión queda flotando en el aire, quemando más que cualquier verdad que yo pudiera descubrir. Por un segundo, el tiempo se detiene. Sus labios están tan cerca que puedo sentir el calor de su rabia y de su deseo.

Me quedo sin palabras, atrapada en la tormenta que acabo de desatar. Marcus me suelta como si mi piel le quemara y se aleja hacia la puerta de su despacho.

—Mañana a las siete. No me obligues a decírtelo otra vez.

Sale del despacho dejándome sola con el eco de sus palabras y un vacío en el pecho que no sé cómo llenar.

Capítulo 10: La orden de protección

El sonido del metal retorcido contra el guardarraíl todavía vibra en mis tímpanos. Observo el coche de Elena, una cafetera vieja pero que ella adoraba, empotrado contra el bordillo a escasos metros de un barranco en la carretera de Denver.

Ella está sentada en el asiento del copiloto de mi todoterreno, envuelta en una manta térmica de emergencias. Tiene la cara pálida y las manos le tiemblan tanto que no puede sostener la botella de agua que le he dado.

—Han sido los frenos, Marcus —susurra, y su voz suena pequeña, despojada de su habitual armadura de sarcasmo—. Pisaba el pedal y no había nada. Solo... el vacío.

Me paso una mano por el rostro, apretando los ojos. El informe preliminar de mi contacto en la grúa ha sido claro: los latiguillos han sido cortados con la precisión de quien sabe exactamente lo que hace. Esto ya no es un aviso; es un intento de homicidio.

—Se acabó, Elena. —Arranco el motor con un movimiento brusco. No necesito ver su reacción para saber que lo que voy a decir no le va a gustar—. No vas a volver a tu apartamento. Ni hoy, ni mañana, ni hasta que esos bastardos estén entre rejas.

—¿De qué hablas? No puedes prohibirme ir a mi casa. Tengo mis cosas, mi investigación...

—Tu investigación no servirá de nada si terminas en una bolsa de plástico. —Giro el volante con fuerza, enfilando la carretera que sube hacia la zona más exclusiva de Vail Creek—. Vas a venir conmigo. A mi ático.

—¡Ni hablar! —exclama, soltando la manta—. No soy una de tus marcas que necesitas proteger de un escándalo. Soy una mujer libre y...

—Eres una mujer con una diana en la espalda. —La interrumpo, clavando mi vista en la carretera—. Y mi orgullo no va a permitir que te maten bajo mi guardia. Es una orden de protección, Vega. Considéralo una cláusula no negociable de nuestro trato.

El trayecto transcurre en un silencio tenso, solo roto por la respiración agitada de Elena. Cuando llegamos a mi edificio, un bloque de hormigón y cristal con seguridad privada y escáner biométrico, ella mira hacia arriba como si estuviera contemplando una prisión de lujo.

Subimos en el ascensor privado. Las puertas se abren directamente en mi salón. El espacio es una oda al minimalismo: suelos de mármol blanco, muebles de diseño italiano en tonos grises y amplios ventanales que muestran la inmensidad gélida de las montañas. No hay fotos, no hay alfombras cálidas, no hay rastro de vida que no esté perfectamente calculada.

Elena entra arrastrando su maleta, que parece un objeto extraño y sucio en mitad de mi santuario. Se detiene en el centro del salón, mirando a su alrededor con una mueca de desagrado.

—Esto no es una casa, Thorne —dice, volviéndose hacia mí—. Es un quirófano de diseño. Aquí no se puede respirar sin manchar algo.

—Aquí se puede estar a salvo —replico, dejando las llaves sobre la mesa de cristal—. Tienes el dormitorio de invitados al fondo del pasillo. Hay comida en la nevera y el sistema de seguridad está conectado con la central de la liga.

Me acerco a la puerta principal mientras ella deja caer su maleta con un golpe seco que resuena en las paredes desnudas. Me mira con una mezcla de rabia y agotamiento, pero yo no me muevo. Introduzco el código de seguridad y escucho el doble clic del cierre electrónico reforzado.

Giro la llave física, un último seguro de acero, y me guardo el metal frío en el bolsillo del pantalón. Me doy la vuelta y la encuentro observándome con los ojos muy abiertos, dándose cuenta de que esto no es una sugerencia, sino un confinamiento.

—¿Qué haces? —pregunta con un hilo de voz.

Me acerco a ella, invadiendo su espacio hasta que el aroma a miedo y gasolina de la carretera es reemplazado por el olor a limpio de mi hogar. La miro con toda la determinación de la que soy capaz.

—Protegerte de ti misma, Elena. —Me inclino ligeramente, sosteniéndole la mirada—. De aquí no sales sin mi permiso.

Capítulo 11: El santuario de cristal

Si el infierno existiera y fuera diseñado por un arquitecto de vanguardia, se parecería mucho al ático de Marcus Thorne.

Todo es blanco, gris o cristal. No hay una mota de polvo, no hay un cojín fuera de su sitio y, lo que es peor, no hay rastro de alma humana. Me muevo por el salón con la sensación de estar en un museo donde, si toco algo, una alarma empezará a sonar y un equipo de SWAT irrumpirá por las ventanas.

—Tu habitación es la tercera a la izquierda —dice Marcus, sin apartar la vista de su tableta—. He hecho que traigan tus cajas del apartamento. Están allí.

—¿Y mis notas? ¿Y mi pizarra? —pregunto, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—En el despacho que he habilitado para ti. Detrás de una puerta cerrada, Elena. No quiero ver tu «caos productivo» desparramado por mi suelo de mármol.

Le dedico una sonrisa falsa y arrastro mi maleta hacia el pasillo. Si cree que voy a ser una inquilina invisible, es que no me conoce en absoluto.

Tres horas después, el santuario ha empezado a sufrir las primeras grietas. He colocado mi colección de libros de periodismo —con sus lomos desgastados y llenos de post-its— en la estantería del salón, justo al lado de sus pulcros manuales de estrategia empresarial. He dejado mi taza de café favorita, la que tiene una mancha de carmín imposible de quitar, sobre la mesa de centro de cristal.

Observo a Marcus desde la cocina. Se detiene frente a la mesa, mira la taza como si fuera un artefacto explosivo y respira hondo. Sus nudillos se vuelven blancos mientras aprieta el borde del mueble.

—Hay un posavasos justo debajo, Elena —dice con una voz peligrosamente calmada.

—El cristal es resistente, Thorne. No se va a romper por un poco de cafeína —respondo, dándole un mordisco a una manzana mientras paso por su lado.

La convivencia es un campo de minas. Marcus es un animal nocturno; se queda hasta la madrugada revisando contratos bajo una luz dirigida que lo hace parecer una estatua de hielo. Yo, por el contrario, necesito el movimiento. A las seis de la mañana, mientras el mundo todavía es azul, me calzo las zapatillas y salgo a correr por el pasillo del edificio antes de que el gimnasio abra, solo para sentir que mis pulmones no se han congelado en este ambiente estéril.

Sin embargo, a las dos de la mañana de nuestra tercera noche, el sueño se me escapa. El silencio de este ático es demasiado pesado, demasiado artificial. Me levanto a por un vaso de agua, caminando descalza por el suelo radiante, cuando un sonido rítmico y sordo llega desde el final del pasillo.

Pum. Pum. Pum.

Sigo el eco hasta una puerta de cristal esmerilado que se ha quedado entreabierta. Es el gimnasio privado.

Me quedo inmóvil en el umbral. Marcus está de espaldas a mí, golpeando un saco de boxeo pesado con una ferocidad que me corta el aliento. No lleva su camisa de mil dólares ni su chaqueta de seda. Está con el torso desnudo, cubierto de una fina capa de sudor que brilla bajo los focos halógenos.

Pero no es su musculatura lo que me detiene.

A través de su espalda y bajando por el costado, se extienden varias cicatrices. No son de hockey; son marcas irregulares, antiguas, que hablan de un pasado que no se cura con comunicados de prensa. Cada vez que golpea el saco, los músculos se tensan y las cicatrices parecen cobrar vida, recordándole algo que el hombre de los trajes caros intenta olvidar.

Su respiración es errática, cargada de una rabia contenida que nunca muestra en las reuniones de la liga. Por primera vez, no veo al agente impecable de los Blizzard. Veo al niño que tuvo que sobrevivir a Detroit, al hombre que esconde su dolor bajo una arquitectura de cristal.

Marcus lanza un último gancho que hace oscilar el saco con violencia y se apoya en él, jadeando, con la frente pegada al cuero. En ese momento, se gira y sus ojos grises, oscurecidos por la adrenalina y algo parecido a la agonía, chocan con los míos.

Ya no hay muros. Ya no hay orgullo. Solo estamos nosotros dos en la madrugada de Vail Creek, y el silencio nunca ha sido tan peligroso.

Capítulo 12: El intruso en mi mente

Observo la pantalla de mi portátil, pero las cifras del presupuesto de marketing de la próxima temporada son solo manchas borrosas sobre un fondo blanco. No puedo concentrarme. Es imposible cuando, desde la cocina, llega el sonido de una canción de rock de los noventa que Elena tararea con un entusiasmo criminal a estas horas de la mañana.

Me froto las sienes, sintiendo el inicio de una migraña. Ayer me vio en el gimnasio. Me vio sin el escudo del traje, con las cicatrices expuestas y los nudillos sangrando. Esperaba que hoy me lanzara alguna pulla, una pregunta afilada de periodista, pero lo que he recibido es algo mucho peor: silencio y una taza de café que ha dejado en mi mesa de trabajo sin decir palabra.

Me levanto para buscar más cafeína y me detengo en el umbral. Elena está de espaldas, buscando algo en los estantes superiores. Lleva una de mis camisetas de algodón gris, una que me queda ajustada pero que a ella le llega a mitad del muslo. Sus piernas desnudas y su cabello alborotado son una bofetada de realidad doméstica que mi ático minimalista no sabe cómo procesar.

—Esa camiseta era mi favorita —digo, tratando de recuperar mi tono de voz de «agente implacable».

Ella se gira, con un bote de mermelada en la mano y una sonrisa que me desarma.

—Te queda mejor a ti, Thorne, pero yo no tenía nada limpio que no oliera a gasolina y miedo. ¿Te molesta el desorden?

—Me molesta que no respetes los protocolos —miento. Lo que me molesta es que el aroma de su champú de cítricos esté borrando el olor a cuero y éxito de mi casa.

El zumbido de mi teléfono profesional sobre la encimera corta la tensión. Es un mensaje cifrado de Harrison.

«La red sabe que la tienes contigo. Han rastreado tu IP y los movimientos de tu equipo de seguridad. El Ice Palace ya no es el único objetivo. Se están poniendo nerviosos, Marcus. Muévela».

La sangre se me congela. Si saben que está aquí, el blindaje de mis ventanas es solo una demora, no una solución. Necesito sacarla de Vail Creek, llevarla a un lugar donde el brazo de la liga no llegue con tanta facilidad.

—Vístete —ordeno, guardando el teléfono—. Nos vamos.

—¿A dónde? Apenas he desayunado.

—Tengo una pista en Silver Plume. Un antiguo contable de la liga que desapareció hace dos años vive allí bajo un nombre falso. Si alguien sabe cómo se blanquea el dinero de las apuestas de Detroit, es él.

—¿Y por qué ahora? —Elena se acerca, escudriñando mi rostro con esa perspicacia que tanto detesto—. Te ha pasado algo, Marcus. Estás más tenso que de costumbre, y eso ya es decir mucho.

—Solo hazme caso por una vez, Elena.

Ella asiente, detectando la urgencia real en mi voz, y corre hacia su habitación. Me quedo solo en el salón, sintiendo que las paredes de mi santuario se cierran sobre mí. Camino hacia el sofá para recoger mi chaqueta y veo mi teléfono personal iluminarse con una notificación de mensaje multimedia.

Es un número desconocido. No hay texto.

Abro la imagen y el aire se queda atascado en mi garganta. Es una fotografía tomada anoche, desde un ángulo que solo podría proceder de un dron o de un objetivo de largo alcance situado en el edificio de enfrente. En la foto, Elena aparece durmiendo en mi sofá de cuero, con la manta caída y un mechón de pelo sobre la cara. La iluminación es tenue, íntima, capturando un momento de vulnerabilidad absoluta.

Mis manos empiezan a temblar de pura rabia. Han estado observando. Han estado dentro de mi zona de seguridad sin que yo me diera cuenta.

Ya no es solo su vida la que está en peligro. Es mi mundo el que ha sido profanado. Me giro hacia el pasillo justo cuando Elena sale con su cazadora puesta, lista para la acción.

—¿Estás bien? —pregunta, deteniéndose al ver mi expresión.

—Vámonos —respondo, bloqueando el teléfono y agarrándola del brazo con una urgencia que no intento ocultar—. Ahora mismo.

Si creen que pueden usarla para doblegarme, no tienen ni idea de con quién están jugando. El orgullo es un arma peligrosa, pero un hombre que no tiene nada que perder —y que empieza a temer perderlo todo— es mucho peor.

Capítulo 13: El viaje al pasado

El motor del todoterreno de Marcus ruge suavemente mientras dejamos atrás las luces de Vail Creek. El paisaje se vuelve una mancha blanca y borrosa a través de la ventanilla. Marcus conduce como hace todo en la vida: con una precisión milimétrica y las manos aferradas al volante en la posición perfecta de las diez y diez.

Llevamos una hora de camino hacia Silver Plume y el silencio en el habitáculo es tan denso que casi se puede masticar. Marcus tiene la mirada fija en la carretera, su mandíbula apretada como si estuviera conteniendo una explosión.

—¿Vas a estar así todo el viaje? —pregunto, rompiendo la calma —. Porque si es así, prefiero que me pongas la radio. Hasta los anuncios de seguros tienen más carisma que tú ahora mismo.

—Estamos en una situación de riesgo, Elena. No es un viaje de placer —responde sin girar la cabeza.

—Lo sé. Pero estar tensa no va a evitar que nos disparen. —Me acomodo en el asiento de cuero, observando su perfil—. Cuéntame algo sobre este tipo al que vamos a ver. El «Exiliado».

—Se llama Miller. Era un defensa sólido en los noventa, hasta que decidió que el dinero de las apuestas era más fácil de conseguir que un hat-trick. La liga lo borró del mapa. Yo era un niño cuando sucedió, pero mi padre... —Se corta en seco, y el silencio vuelve a caer, más pesado que antes.

Aprovecho la grieta. Es el momento de usar mi mejor arma.

—Tu padre no fue el único que cayó en esa época, ¿verdad? — Lanzo la pregunta con suavidad, como quien lanza un anzuelo en aguas tranquilas—. Detroit fue una carnicería para muchos jugadores. Pero tú terminaste trabajando para el mismo sistema que los expulsó. Eso es... irónico. O masoquista.

Marcus aprieta el volante. Sus nudillos se vuelven blancos.

—Es supervivencia, Elena. Si no puedes vencer al sistema, tienes que convertirte en la pieza que lo hace funcionar. Así te aseguras de que nadie pueda volver a romperte las piernas por una deuda ajena.

—¿Eso fue lo que le pasó a él? —insisto, inclinándome un poco hacia su lado—. ¿Le rompieron las piernas, Marcus? ¿O fue algo peor?

Él exhala un suspiro largo, y por un segundo, su armadura parece ceder.

—Le rompieron la vida. Y a mi madre y a mí nos dejaron los escombros para que intentáramos construir algo con ellos. Por eso controlo cada maldito detalle. Porque el caos solo trae ruina.

Lo observo en silencio. No hay ironía en mi mirada ahora. Por primera vez, empiezo a entender que su arrogancia no es vanidad; es un búnker. Estoy a punto de hacerle otra pregunta, algo sobre la foto de su despacho, cuando un copo de nieve del tamaño de una moneda choca contra el parabrisas. Luego otro. Y otro.

En menos de cinco minutos, la visibilidad se reduce a un par de metros. El cielo se ha desplomado sobre nosotros.

—Maldita sea —gruñe Marcus, inclinándose hacia el volante—. El parte meteorológico no decía nada de esto hasta la noche.

—Es Colorado, Marcus. El clima no lee tus informes de riesgos.

La nieve cae con una violencia salvaje, envolviendo el coche en una mortaja blanca. Las ruedas empiezan a perder tracción y el todoterreno da un pequeño bandazo. Marcus lucha con la dirección, pero la carretera parece haber desaparecido bajo un manto uniforme y traicionero.

—No podemos seguir —dice él, y esta vez escucho una nota de auténtica preocupación en su voz—. Las máquinas quitanieves no pasarán por aquí en horas y la carretera principal está cortada por riesgo de aludes.

—¿Y qué hacemos? No nos vamos a quedar aquí parados para que nos entierren vivos.

Marcus mira el GPS, que parpadea con una señal débil.

—Hay un motel de carretera a menos de un kilómetro. Si logramos llegar sin salirnos de la calzada, pasaremos allí la noche.

Miro a través del cristal empañado. La tormenta ruge con una fuerza que hace vibrar el chasis. Estamos atrapados en mitad de la nada, con una red de apuestas persiguiéndonos y una tensión entre nosotros que quema más que el frío exterior.

El viaje al pasado acaba de detenerse en seco, y el presente se ha vuelto muy, muy peligroso.

Capítulo 14: Sin salida

El parabrisas es una pared de color blanco absoluto. La calefacción del todoterreno bufa con esfuerzo, pero el frío de las Montañas Rocosas parece filtrarse por las juntas de las puertas. Mis manos, firmes sobre el volante, notan cómo la tracción del vehículo se rinde ante la capa de hielo que se forma bajo la nieve virgen.

Admitir la derrota no está en mi código genético, pero morir congelado tampoco.

—No se ve ni a tres metros, Marcus —dice Elena, con la voz apagada por la tensión. Tiene las manos hundidas en los bolsillos de su cazadora y los ojos fijos en la nada blanca—. Si seguimos, vamos a terminar en el fondo de un barranco.

—Lo sé —mascullo entre dientes.

Diviso un par de luces amarillentas a la derecha de la calzada. Es un cartel de neón que parpadea con una agonía eléctrica: Timberline Motel. Es un edificio de madera oscura y aspecto lúgubre, el tipo de sitio donde la gente va para no ser encontrada o para desaparecer para siempre.

Detengo el coche como puedo frente a la recepción. El viento aúlla, sacudiendo el chasis con una violencia que me hiela la sangre.

—Bájate. No te separes de mí —le ordeno.

Salimos al exterior y el aire gélido nos golpea como un muro físico. Agarro a Elena por la cintura para que el viento no la desequilibre y la empujo hacia la pequeña oficina de recepción. Al entrar, una campana oxidada anuncia nuestra llegada. El lugar huele a tabaco rancio, café quemado y humedad.

Un hombre con una gorra de camuflaje y la piel curtida como el cuero viejo nos mira desde detrás de un mostrador lleno de manchas de grasa.

—La carretera está cortada hasta mañana, si tienen suerte —dice el tipo sin siquiera saludarnos.

—Necesitamos dos habitaciones —digo, sacando mi tarjeta de crédito negra, un objeto que aquí parece sacado de otro planeta.

El hombre suelta una carcajada seca que termina en una tos áspera. Señala un tablero de llaves casi vacío.

—¿Dos? Tengo una convención de camioneros atrapada y una familia de seis en la suite. Solo me queda una habitación, la número siete. Es eso o dormir en su coche, y les aseguro que por la mañana serán dos cubitos de hielo.

Siento que el control se me escapa entre los dedos. Me inclino sobre el mostrador, bajando la voz.

—Escuche, le pagaré el triple. El cuádruple. Busque otra llave, desaloje a alguien, me da igual. Necesito otra habitación para la señorita.

—Ni por todo el oro de Denver, amigo. —El recepcionista me lanza una llave con un pesado llavero de plástico rojo—. Tómenlo o déjenlo. Hay otros tres coches llegando al aparcamiento ahora mismo.

Miro a Elena. Ella se ha abrazado a sí misma, temblando ligeramente por el frío que aún lleva en el cuerpo. Sus ojos chocan con los míos. No hay rastro de su habitual sarcasmo; solo hay cansancio y una chispa de algo que prefiero no analizar.

—Aceptamos —dice ella antes de que yo pueda seguir negociando.

Agarro la llave y nuestra maleta de emergencia. Caminamos por el pasillo exterior, protegidos apenas por un voladizo de madera que cruje bajo el peso de la nieve. Mis botas resuenan en las tablas mientras el corazón me martillea el pecho. He gestionado crisis de millones de dólares, he silenciado escándalos nacionales, pero la idea de compartir cuatro paredes con Elena Vega me aterra más que cualquier red de apuestas.

Llegamos a la puerta número siete. La cerradura se atasca un segundo antes de ceder.

Entramos. El espacio es minúsculo. Una alfombra raída de color indefinido cubre el suelo y el aire huele a una mezcla de desinfectante barato y pino artificial. Solo hay una pequeña cómoda, una televisión de tubo y, en el centro de la estancia, la confirmación de mis peores temores.

Una sola cama matrimonial. Con una colcha de flores marchitas y apenas espacio para rodearla.

—Bueno —dice Elena, rompiendo el silencio que se ha vuelto asfixiante—. Al menos hay calefacción.

Cierro la puerta y echo el cerrojo. El espacio se reduce drásticamente. Estamos atrapados por la tormenta, perseguidos por las sombras de Detroit y, ahora, condenados a compartir el único refugio que nos queda.

Miro la cama y luego la miro a ella. El hielo de fuera no es nada comparado con el fuego que acaba de prenderse en esta habitación.

Capítulo 15: Solo una cama

Si el objetivo de Marcus Thorne era protegerme, ha tenido éxito: dudo que los sicarios de las apuestas nos encuentren en este agujero que huele a pino rancio y a sueños rotos. El problema es que ahora mi mayor amenaza no está fuera, sino a un metro de distancia, ocupando casi todo el espacio vital de esta habitación minúscula.

—¿Y bien? —suelto, dejando mi mochila sobre la única silla de madera que parece capaz de sostener peso—. ¿Dónde está el servicio de habitaciones de cinco estrellas, Thorne? ¿O es que el "Arquitecto" no previó que las tormentas de nieve no respetan las agendas?

Marcus ignora mi dardo. Está junto a la ventana, observando cómo la nieve golpea el cristal con una furia salvaje. Se quita la chaqueta de lana con un movimiento fluido y la cuelga en el respaldo de la silla. Luego, ante mi sorpresa, empieza a desabrocharse los botones de los puños y se remanga la camisa blanca hasta los codos.

Me quedo sin habla un segundo. Bajo la seda cara, Marcus esconde unos antebrazos potentes, curtidos, y para mi asombro, cubiertos de tinta negra. Son tatuajes intrincados, geométricos, que desaparecen bajo la tela de sus hombros. No es la imagen de ejecutivo que vende a la liga; es algo mucho más crudo. Mucho más real.

Él nota mi mirada y se gira, arqueando una ceja.

—La máquina de la recepción es nuestra única opción. Espero que te gusten los cacahuetes rancios y los sándwiches de plástico, Vega.

Diez minutos después, compartimos una cena lamentable sentados en el borde de la cama, el único sitio disponible. La cercanía es asfixiante. Puedo oler su perfume mezclado con el frío de la calle, y cada vez que su brazo roza el mío, una descarga eléctrica recorre mi columna. La tensión es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo de hockey, o mejor dicho, con uno de esos *sticks* que él tanto defiende.

—¿Tatuajes, Marcus? —pregunto, señalando su brazo mientras mastico una barrita de cereales que sabe a cartón—. No encaja con tu marca personal de "perfección absoluta".

—Los hice en Detroit —responde con voz ronca, evitando mirarme —. Son recordatorios de que el orden es algo que se gana, no algo que te regalan.

Terminamos de comer en un silencio cargado de palabras no dichas. El viento golpea las paredes del motel y la calefacción emite un siseo metálico que solo acentúa nuestra soledad compartida. Llega el momento inevitable. Miramos la cama matrimonial, el único terreno neutral en esta guerra.

—Yo me quedo a la izquierda —anuncio, tratando de que mi voz no tiemble—. Y no pienses que esto es una invitación.

Marcus se levanta y agarra las almohadas sobrantes del armario. Con una parsimonia irritante, las coloca en el centro del colchón, creando una barrera mullida entre los dos.

—Una línea divisoria —dice él, mirándome a los ojos—. Tú en tu lado, yo en el mío. Si cruzas la frontera, Elena, no me hago responsable de las consecuencias diplomáticas.

—No te preocupes, Thorne. Tu orgullo es una barrera mucho más alta que estas almohadas.

Me tumbo de espaldas, sintiendo el hundimiento del colchón cuando él hace lo mismo al otro lado. Estamos a centímetros de distancia, separados por un muro de plumas que ambos sabemos que no servirá de nada si el deseo sigue tirando de nosotros con tanta fuerza. En la oscuridad de la habitación, su respiración es lo único que escucho, y es un ritmo que mi propio corazón empieza a imitar sin permiso.

Capítulo 16: El sonido del silencio

El silencio en esta habitación de mala muerte es una farsa. Fuera, la tormenta golpea contra la madera podrida del motel, pero el verdadero estrépito ocurre a escasos centímetros de mí. Elena respira con una dificultad que me oprime el pecho. Siento su calor atravesando la barrera de almohadas, una frontera ridícula que no sirve para detener la electricidad que flota en el aire.

No puedo dormir. Cada vez que cierro los ojos, veo la foto de ella durmiendo en mi sofá. El peligro es real, pero tenerla aquí, vulnerable y tan cerca, me resulta mucho más aterrador que cualquier red de apuestas.

De repente, un gemido ahogado rompe la quietud.

Me giro con cautela. Elena se agita entre las sábanas ásperas. Tiene las cejas fruncidas y murmura palabras inconexas.

—No... la puerta no... —su voz se quiebra en un sollozo seco.

Está reviviendo el robo. El instinto protector, ese que he intentado enterrar bajo capas de cinismo empresarial, toma el control. Cruzo la línea de almohadas sin pensarlo. Me acerco a ella y le pongo una mano en el hombro con suavidad.

—Elena. Despierta. Solo es un sueño.

Ella abre los ojos de golpe, emitiendo un jadeo que se clava en mis costillas. Su mirada está perdida en la penumbra hasta que se enfoca en mí. Sin previo aviso, se abalanza hacia delante y me rodea el cuello con los brazos. Se aferra a mi camiseta con una fuerza desesperada.

No dudo. La estrecho contra mi pecho, permitiendo que su rostro se hunda en el hueco de mi cuello. Siento sus temblores ceder poco a poco bajo mi abrazo. Es pequeña, pero desprende una fuerza que me desarma.

—Estás a salvo —susurro contra su pelo, que huele a cítricos y a lluvia—. Yo estoy aquí.

Nos quedamos así durante lo que parecen horas. El tiempo se detiene en este rincón olvidado de Colorado. Cuando su respiración

se normaliza, ella no se separa. Se queda apoyada en mí, rompiendo todas mis defensas.

—¿Por qué lo dejaste, Marcus? —pregunta de pronto. Su voz es apenas un susurro en la oscuridad.

—¿El qué?

—El hockey. He visto tus fotos de la universidad. Tenías los números de una primera ronda de la NHL. Eras una promesa, el tipo de jugador que se convierte en leyenda. ¿Por qué pasar a los despachos?

Aprieto los dientes. El pasado es una herida mal cerrada que supura en noches como esta.

—Porque el talento no sirve de nada cuando tu apellido está manchado de barro —respondo con amargura—. Mi padre no solo perdió el dinero en las mesas de Detroit; perdió mi futuro. Los Blizzard me ofrecieron una salida en las oficinas porque les daba lástima el hijo del hombre que casi destruye la franquicia. Acepté porque era la única forma de vigilar que nadie volviera a hacerle al equipo lo que él hizo.

—Lo sacrificaste todo por el control —dice ella, alzando la vista.

En la penumbra, sus ojos brillan con una intensidad que me marea. Estamos tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan. El roce de su piel contra la mía es una tortura exquisita. Mi mano, por voluntad propia, sube por su espalda hasta acunar su nuca.

—Lo sacrifiqué todo para no volver a sentirme como aquel niño que miraba cómo embargaban su casa —confieso, y mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

Elena acorta la distancia. Sus labios están a milímetros de los míos. Puedo sentir el calor que emana de ella, una invitación silenciosa que hace que todo mi autocontrol salte por los aires.

—A veces, Marcus, perder el control es la única forma de encontrarse.

Bajo la cabeza, incapaz de resistirme más. No es un beso planeado ni estratégico; es un choque eléctrico, un roce accidental de labios que prende fuego a la habitación. Es breve, apenas un contacto de piel contra piel, pero es el sonido más fuerte que he escuchado en mi vida.

Y sé, con una certeza aterradora, que ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 17: La confesión del proscrito

La luz de la mañana entra por la ventana del motel con una crueldad blanca y cegadora. La nieve ha dejado de caer, dejando tras de sí un mundo sepultado en un silencio absoluto. Me despierto con el peso del brazo de Marcus sobre mi cintura y el recuerdo del roce de sus labios quemándome todavía la piel.

Ninguno de los dos dice nada mientras nos preparamos. La tensión en la habitación es distinta ahora; ya no es solo hostilidad, es el peso de una verdad que nos une más de lo que el orgullo nos permite admitir.

Salimos a la carretera. El todoterreno avanza con dificultad por los caminos secundarios de Silver Plume hasta que nos detenemos frente a una cabaña que parece sostenerse en pie solo por milagro. La madera está carcomida y el tejado se hunde bajo el peso del hielo.

—Miller está dentro —dice Marcus, con la voz más ronca de lo habitual. Se ajusta la chaqueta y recupera esa expresión de granito que usa como escudo—. Quédate cerca de mí. No sabemos si está solo.

Entramos. El interior huele a rancio y a tabaco barato. Miller, el exjugador expulsado, nos espera sentado en un sillón desvencijado. Es una sombra de lo que debió ser: un hombre roto por las deudas y el exilio.

Marcus se queda junto a la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en el horizonte nevado a través de los cristales sucios. Monta guardia, implacable, mientras yo saco mi grabadora y me siento frente a Miller.

—He esperado mucho tiempo para contar esto, Vega —empieza Miller, con una voz que suena como papel de lija—. Todos creen que fue cosa de los bajos fondos de Detroit. Que fueron matones de barrio los que amañaron aquellos partidos.

—¿Y no fue así? —pregunto, inclinándome hacia él.

—Fueron tipos con corbata, niña. Tipos que conocían la liga desde dentro. El hombre que organizó todo, el que me obligó a fallar aquel

penalty shot en las finales, no era un gánster. Era el mismo que hoy estrecha la mano del comisionado en cada gala benéfica.

Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío de la cabaña.

—Deme un nombre, Miller.

—Harrison —suelta él sin pestañear—. Arthur Harrison. El mentor de tu hombre ahí fuera. Él fue el cerebro entonces y él es el que está moviendo los hilos de los Blizzard ahora.

El mundo parece detenerse. Harrison. El hombre que Marcus admira, el que lo rescató de la miseria tras la caída de su padre y lo convirtió en lo que es hoy.

Escucho un crujido a mis espaldas. Me giro y veo a Marcus en el umbral. Sus manos, antes firmes, están cerradas en puños tan apretados que le tiemblan los antebrazos. Su rostro ha perdido todo rastro de color, transformándose en una máscara de pura agonía.

Él lo ha escuchado todo. Cada palabra de Miller ha sido un mazo destrozando los cimientos de su vida. El hombre que le enseñó todo sobre el honor y la lealtad es el mismo que orquestó la ruina de su familia.

Marcus no dice nada. Se da la vuelta y sale a la nieve, dejando la puerta abierta. El aire gélido invade la estancia, pero el frío que emana de él es mucho más aterrador. Su mundo de lealtades acaba de desmoronarse, y me temo que lo que queda bajo los escombros es un hombre capaz de cualquier cosa.

Capítulo 18: Lealtades divididas

El rugido del motor del todoterreno es lo único que llena el habitáculo mientras devoramos los kilómetros de vuelta a Vail Creek. Tengo las manos tan apretadas alrededor del volante que los tendones me arden, pero no puedo soltarlo. Si lo hago, temo que yo también me desmorone.

Arthur Harrison.

El nombre se repite en mi cabeza como un mantra maldito. El hombre que me sacó del fango de Detroit, el que pagó mi universidad y me enseñó que en este negocio la imagen es la única verdad que importa. Mi mentor. Mi protector. El mismo que, según Miller, destruyó a mi padre para alimentar su propio imperio de apuestas.

Siento una náusea gélida subiendo por mi garganta. Si esto sale a la luz, la liga saltará por los aires. Los Blizzard, el equipo que he intentado salvar con cada gramo de mi energía, se convertirán en parias. Y yo... yo seré el idiota que estuvo protegiendo al lobo mientras este devoraba el rebaño.

—Marcus, respira —la voz de Elena suena suave a mi lado, despojada de su habitual filo punzante.

—No me digas qué tengo que hacer, Elena —escupo, aunque no tengo fuerzas para que suene convincente—. Todo lo que he construido es una mentira. He pasado años limpiando los restos que Harrison dejaba a su paso sin saberlo.

—No eres responsable de los pecados de tu mentor —dice ella, inclinándose hacia mí—. Pero sí eres responsable de lo que hagas ahora con la verdad.

La miro de reojo. Elena me observa con una expresión que no es de triunfo periodístico. Ya no busca el Pulitzer sobre mis cenizas. Veo en sus ojos una empatía que me descoloca más que la traición de Harrison. Me ve como el hombre que intenta achicar agua en un barco que ya está bajo el nivel del mar.

Llegamos a Vail Creek cuando el sol empieza a ocultarse tras los picos nevados, tiñendo el mundo de un rojo violáceo que parece

sangre sobre el hielo. Me detengo frente a mi edificio, pero no salgo del coche. Me quedo mirando el volante, perdido en un laberinto de lealtades rotas.

Si ella publica esa entrevista, Harrison irá a la cárcel, pero yo perderé mi carrera y mi propósito. El orgullo me grita que la detenga, que use mis recursos para silenciar a Miller, para enterrar la historia y salvar lo que queda de los Blizzard.

De pronto, escucho el clic de un dispositivo.

Elena saca su grabadora digital de la chaqueta. Me la tiende, sosteniéndola sobre la consola central. El pequeño aparato parece pesar una tonelada en el espacio que nos separa.

—Toma —dice con una firmeza que me obliga a mirarla—. Es la entrevista original. No hay copias en la nube todavía. No he enviado nada a la redacción.

Me quedo helado. La miro a ella y luego a la grabadora.

—¿Qué estás haciendo? Es tu carrera, Elena. Es la historia que llevas meses persiguiendo.

—Mi carrera no vale el precio de tu destrucción, Marcus. —Ella suspira y me pone la mano sobre el antebrazo. Su calor es lo único real en esta pesadilla—. Tú decides cuándo y cómo se cuenta esto. Yo no voy a hundirte. He aprendido que hay cosas más importantes que un titular, y una de ellas es el hombre que está sentado a mi lado.

La grabadora descansa en mi palma. Es el arma que podría terminar con todo, y ella me la ha entregado por pura fe. Por primera vez en mi vida, el control no es algo que yo haya arrebatado, sino algo que alguien me ha cedido voluntariamente.

Cierro los dedos sobre el dispositivo. El peso de su confianza es mayor que el de mi orgullo, y en este momento, sé que el verdadero peligro no es lo que Harrison pueda hacerme, sino lo que yo sea capaz de hacer por protegerla a ella.

Capítulo 19: El pacto del silencio

El ático nos recibe con su habitual perfección gélida, pero ya no me siento como una intrusa. El silencio del salón, que antes me resultaba asfixiante, ahora parece aguardar algo. Marcus deja las llaves en la mesa de cristal con un sonido metálico que resuena en las paredes desnudas. Aún sostiene la grabadora en su mano derecha, apretándola como si fuera el último trozo de tierra firme en mitad de un naufragio.

Me quito la chaqueta de cuero y la tiro sobre el sofá, rompiendo deliberadamente la simetría de su mundo. Él no me lo reprocha. Se queda ahí, de pie, observándome con una intensidad que me hace temblar más que el frío de Silver Plume.

—¿Por qué lo has hecho, Elena? —Su voz es apenas un susurro quebrado—. Esa grabadora es tu billete a las grandes ligas. Es la exclusividad con la que sueña cualquier periodista. Me has entregado tu carrera en una bandeja de plata.

—Ya te lo he dicho —respondo, acercándome a él hasta que solo un paso nos separa—. No quiero un Pulitzer sobre tus escombros. No quiero ser la que te hunda cuando eres el único que ha intentado mantenerme a flote.

Marcus deja la grabadora sobre la encimera. Sus ojos grises, antes de granito, ahora parecen plata fundida. Hay una lucha final en su rostro, el último estertor de ese orgullo que lo ha mantenido en pie durante una década. Se da cuenta de que el sacrificio que he hecho por él es la prueba de lealtad más grande que ha recibido nunca.

—No te merezco —dice, y antes de que pueda replicar, sus manos me agarran por la cintura.

El contacto es eléctrico. Me arrastra hacia él con una urgencia que me corta el aliento. Sus dedos se entierran en mi piel a través de la camiseta, y el calor de su cuerpo me envuelve como una tormenta. Ya no hay muros. Ya no hay protocolos.

Retrocedo bajo su empuje hasta que mi espalda choca contra la puerta de cristal que da a la terraza. El frío del vidrio contrasta violentamente con el fuego que emana de él. Fuera, la nieve sigue

cayendo en la oscuridad de Vail Creek; dentro, el aire se ha vuelto escaso.

Marcus apoya las manos a ambos lados de mi cabeza, acorralándome contra el cristal. Su respiración es errática, golpeando mi boca con un ritmo desesperado. Se inclina hasta que su frente roza la mía, y por fin, el "Arquitecto" se rinde.

—Me has desmantelado, Elena —murmura contra mis labios—. Has roto cada maldita regla que me puse para sobrevivir. Ya no puedo más con este orgullo. No cuando te tengo así de cerca.

—Entonces no luches más, Marcus —le pido, enredando mis dedos en su pelo, tirando de él para cerrar la distancia definitiva.

—Si te beso ahora, no habrá vuelta atrás. No habrá contratos, ni pases de prensa, ni mentiras profesionales. Solo seremos nosotros dos contra el mundo que intentará destruirnos.

—Esa es una apuesta que estoy dispuesta a correr.

Marcus no espera más. Sus labios chocan contra los míos con una voracidad que me hace soltar un gemido ahogado. No es un beso delicado; es un pacto sellado con hambre y alivio. Es la entrega total de dos personas que han dejado de fingir que no se necesitan.

Mientras sus manos bajan por mi espalda para pegarme aún más a su cuerpo, sé que el pacto del silencio ha comenzado. Y que, a partir de este segundo, nada volverá a ser igual en el imperio de cristal de los Blizzard.

Capítulo 20: El clímax del Acto 2

He pasado mi vida entera construyendo muros de contención. Líneas rectas, contratos blindados y un pulso que nunca se acelera. Pero contra Elena Vega, no hay defensa que valga. Ella no ha asediado mi fortaleza; simplemente la ha hecho arder desde dentro.

Sus manos en mi cuello son lo único que me ancla a la realidad mientras la cargo hacia mi dormitorio. El camino es un borrón de urgencia y labios que no pueden separarse. El contraste me golpea: el frío que emana de los ventanales de mi ático contra el calor abrasador de su piel bajo mis palmas.

La dejo sobre las sábanas de seda gris, un espacio que hasta hace unas horas era mi santuario de soledad metódica. Ahora, con su cabello oscuro desparramado sobre la almohada y su respiración agitada, el lugar por fin cobra sentido.

—Marcus —susurra mi nombre, y la forma en que su voz se quiebra destruye el último vestigio de mi orgullo.

Me despojo de la camisa con una violencia que hace saltar un botón. No me importa. No me importa el orden, ni la simetría, ni las consecuencias que vendrán mañana. Me hundo en ella con la desesperación de un hombre que ha estado sediento en mitad de un desierto de cristal.

No es solo sexo. Es una rendición.

Cada roce de nuestras pieles es una confesión. Mis manos recorren sus curvas con una reverencia que nunca he sentido por nada ni por nadie. Elena es el caos, es la tormenta que ha destrozado mi arquitectura perfecta, y por primera vez en mi vida, no quiero arreglar nada. Quiero perderme en este desorden.

Sus dedos se clavan en las cicatrices de mi espalda, y donde antes sentía vergüenza o trauma, ahora solo siento su fuego. El sonido de nuestras respiraciones acompasadas ahoga el aullido del viento exterior. En este dormitorio, el tiempo se ha detenido. El agente implacable de los Blizzard ha muerto; solo queda un hombre que ha encontrado su hogar en el lugar más inesperado.

—No me sueltes —me pide ella contra mi oído, mientras el clímax nos envuelve como una ola de calor blanco.

—Nunca —prometo, y es la única verdad que no necesito redactar en un comunicado.

Minutos más tarde, o quizá horas, el agotamiento me vence. Por primera vez en años, el ruido de mi mente se apaga. No repaso agendas, no calculo riesgos. Me quedo dormido con el rostro hundido en su cuello, envuelto en su aroma a cítricos y en la paz más absoluta que he conocido.

Sin embargo, en la mesita de noche, el silencio es interrumpido por un destello tenue.

El teléfono de Elena, sepultado bajo su chaqueta de cuero, se ilumina con una notificación silenciosa. Marcus no se mueve, sumido en un sueño profundo y reparador. Elena tampoco lo ve; está descansando sobre su pecho, ajena al mundo que sigue girando fuera de su burbuja.

La pantalla muestra un mensaje de un número oculto que brilla en la oscuridad de la habitación:

«Sabemos que tienes la grabación de Miller. El orgullo de Thorne lo ha cegado, pero a nosotros no. Si no la entregas mañana a primera hora en el muelle de carga del Ice Palace, los Blizzard no serán los únicos que sangren. Empezaremos por ti, y seguiremos por él».

El brillo se apaga, dejando a la pareja en una oscuridad engañosa. El acto de amor ha terminado, pero la verdadera guerra acaba de llamar a su puerta.

Capítulo 21: La resaca del deseo

Me despierto con la sensación de que el mundo ha cambiado de eje, pero el frío en el lado izquierdo de la cama me devuelve a la realidad de golpe. La calidez de Marcus, esa que me envolvió durante la noche borrando el miedo y la nieve, se ha evaporado.

Me incorporo entre las sábanas ásperas del motel, apretándolas contra mi pecho. Me siento expuesta, y no precisamente por la falta de ropa.

Marcus está de pie junto a la pequeña cómoda, dándome la espalda. Ya lleva puesto su pantalón de vestir y está abrochándose los botones de una camisa que, aunque algo arrugada, recupera su aire de armadura institucional. Sus movimientos son precisos, casi mecánicos. El hombre que ayer se desmoronó entre mis brazos ha sido reemplazado por el "Arquitecto" de los Blizzard.

—La nieve ha empezado a ceder —dice sin girarse. Su voz es plana, despojada de la ronquera de la madrugada—. Si nos damos prisa, las máquinas habrán despejado el carril suficiente para volver a la ciudad.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunto, sintiendo una punzada de humillación que intento transformar en rabia—. ¿Un parte meteorológico?

Marcus se gira por fin. Se está ajustando el reloj de pulsera, un gesto que parece una declaración de intenciones: el tiempo de la tregua ha terminado. Intenta mantener esa mirada de granito, pero sus ojos lo traicionan. Me recorren un segundo de más, deteniéndose en mi hombro desnudo antes de volver a endurecerse.

—Elena, lo de anoche... fue un error de cálculo debido a la tensión del momento. No cambia nuestra situación. Tenemos una red de apuestas que desmantelar y a Harrison que enfrentar.

Me levanto de la cama, envolviéndome en la colcha de flores marchitas. Me planto frente a él, obligándole a sostener el contacto visual.

—Eres increíble, Thorne. Usas tu orgullo como si fuera un escudo de kevlar. Te asusta tanto haber perdido el control que prefieres

fingir que no ha pasado nada. ¿Tan terrible es admitir que sientes algo que no puedes poner en un informe de riesgos?

—Lo que es terrible es que nos maten por estar distraídos —responde él, acercándose tanto que puedo oler de nuevo su aroma, pero esta vez no hay caricia, solo una advertencia gélida—. No te confundas. Mi prioridad es tu seguridad, no tus sentimientos.

La bofetada verbal me deja sin aliento. Me doy la vuelta para recoger mi ropa, decidida a no dejar que vea cómo me ha dolido el impacto. Busco mi teléfono entre el desorden de la mesita de noche. El dispositivo parpadea, luchando por encontrar una barra de señal en este valle perdido.

De repente, una ráfaga de notificaciones hace vibrar el aparato en mi mano.

No son mensajes de mi editor. No son alertas de noticias generales. Es un enlace a un blog de cotilleos de la liga que tiene millones de seguidores.

—Marcus —mi voz sale apenas como un susurro.

—¿Qué pasa ahora?

Le tiendo el teléfono. La señal ha vuelto lo justo para cargar una imagen de baja calidad, tomada con un teleobjetivo desde el aparcamiento del motel anoche. En la foto, se nos ve a los dos bajo el neón parpadeante del *Timberline*; Marcus me sujeta por la cintura y yo tengo la cabeza apoyada en su hombro. El titular es una sentencia de muerte para su preciosa reputación:

«¿Protección o romance? El agente estrella de los Blizzard y la periodista que investiga al equipo, pillados en un motel de carretera».

—Nos han seguido desde que salimos del ático —digo, sintiendo un nudo de terror en el estómago—. Sabían exactamente dónde estábamos.

Marcus arrebata el teléfono de mi mano y su rostro se transforma. La coraza de hielo no solo se agrieta; se rompe bajo una furia negra. Ya no estamos incomunicados por la nieve; estamos atrapados en una vitrina para que todo el mundo nos vea arder.

Capítulo 22: El rastro de la serpiente

El pánico es una emoción que no me permito. Para mí, es solo una variable más que debe ser gestionada, como una cláusula de rescisión o una crisis de relaciones públicas. Sin embargo, mientras conduzco de vuelta a Vail Creek con los nudillos blancos sobre el volante, el pánico ha dejado de ser una variable para convertirse en el aire que respiro.

Miro a Elena de reojo. Está en silencio, con la vista fija en el paisaje nevado que desfila tras la ventanilla. La foto del motel ha corrido como la pólvora; mi reputación, esa arquitectura que tardé diez años en levantar, tiene una grieta que atraviesa los cimientos. Pero no es mi carrera lo que me quita el sueño. Es el hecho de que, si han podido fotografiarnos allí, han podido dispararnos.

Entro en el aparcamiento de Thorne & Co. y el ambiente es de funeral. Al cruzar el vestíbulo, los empleados bajan la mirada. Nadie me saluda. En las pantallas de la recepción, el bucle de noticias deportivas muestra mi rostro junto al de Elena.

—Marcus, espera —la voz de Erick Vane me detiene antes de llegar al ascensor.

El capitán de los Blizzard está allí, con su chaqueta del equipo y el rostro sombrío. Se acerca a mí, ignorando las miradas curiosas.

—Erick, no es el momento —mascullo, intentando seguir mi camino.

—Es el momento, Marcus. —Me pone una mano en el hombro, frenándome—. La agencia acaba de emitir un comunicado oficial. Dicen que tus «actividades personales recientes» no representan los valores de la empresa y que te han apartado de la gestión del equipo de forma temporal. Te están vendiendo, amigo.

Aprieto la mandíbula hasta que me duelen los dientes. Harrison. Mi mentor se ha movido más rápido de lo que esperaba, cortando el vínculo conmigo antes de que la investigación de Miller lo salpique.

—El equipo confía en ti —continúa Erick, bajando la voz—. Samuel, Ricci... todos sabemos quién eres. Pero tienes que limpiar este desastre ya, o la liga nos arrastrará a todos con ellos.

—Lo sé. Gracias, Erick.

Subo a mi despacho con Elena pegada a mis talones. Ella no ha dicho ni una palabra, pero noto su rabia contenida. Al entrar, el silencio de mi santuario me resulta artificial, casi burlón. Me siento en mi silla de cuero y observo el escritorio. Todo parece estar en su sitio: la pluma, la agenda, la simetría perfecta que tanto me costó recuperar.

Pero algo falla.

Mi instinto, ese que me ha salvado de firmar contratos ruinosos durante años, empieza a gritar. Me levanto y empiezo a revisar los estantes, los marcos de las fotos, la parte inferior de la mesa. Elena me observa desde la puerta, confundida.

—¿Qué estás haciendo, Marcus?

No respondo. Me arrodillo y paso los dedos por el borde interior del cajón secreto donde guardaba la foto de mi padre. Mis dedos rozan algo pequeño, frío y metálico.

Lo arranco con un movimiento seco y lo dejo sobre la mesa. Es un dispositivo de escucha de última generación, un punto negro que parece una garrapata alimentándose de mis secretos.

—Harrison —susurro, y la palabra sabe a hiel—. No solo me ha vendido. Ha estado escuchando cada una de nuestras conversaciones.

Miro a Elena y el miedo que he estado conteniendo se transforma en una resolución gélida. Si nos han estado escuchando, saben lo de la grabación de Miller. Saben que ella entregó su carrera por mí. Y saben que, en ese motel, el «Arquitecto» dejó de jugar para empezar a sentir.

La serpiente ha dejado su rastro en mi propia casa, y ahora me toca a mí decidir si sigo las reglas o quemo el bosque entero para encontrarla.

Capítulo 23: Justicia de papel

Vail Creek parece un lugar distinto bajo la luz gris de la sospecha. Camino hacia la sede de la Fundación con el cuello del abrigo subido, sintiendo que cada par de ojos que se cruza conmigo ha visto esa maldita foto del motel. Mi credibilidad como periodista está en la cuerda floja, pero ahora mismo, mi prioridad no es mi carrera. Es evitar que Marcus Thorne termine pagando por los pecados de un mentor que lo ha usado como escudo humano.

Entro en el despacho de Valentina y el aroma a café recién hecho y leyes de hierro me recibe. Ella está sentada tras su mesa, impecable, con esa mirada que parece capaz de desmantelar a un testigo falso en tres segundos.

—Elena. Me imaginaba que vendrías —dice, señalando la silla frente a ella—. He visto las noticias. El hielo está muy fino bajo vuestros pies.

—Necesito ayuda legal, Valentina. No para mí, sino para Marcus. Tengo una grabación que implica a la cúpula de la liga en una red de apuestas. Si la entrego ahora, Marcus podría ser acusado de complicidad por haber retenido la información, aunque solo fuera por unas horas.

Valentina se apoya en el respaldo de su silla y entrelaza los dedos. Su expresión es sombría.

—El problema no es la ley, Elena. El problema es el hombre. Conozco a los tipos como Marcus; el orgullo es su columna vertebral y su mayor debilidad. Él preferirá caer solo, asumiendo una culpa que no le corresponde, antes que admitir ante el mundo que Harrison, el hombre que lo moldeó, lo engañó durante una década. Admitir que fue un peón lo destrozará más que una celda.

—No puedo dejar que se inmole —replico, sintiendo un nudo de frustración en la garganta—. Tiene que haber una forma de proteger la fuente y limpiar su nombre al mismo tiempo.

—La justicia de papel es lenta y traicionera —advierte Valentina, deslizándome una tarjeta con un número privado—. Si quieres salvarlo, tendrás que ser más rápida que los abogados de la liga.

Pero ten cuidado: en este juego, la verdad suele ser el primer daño colateral.

Salgo de la Fundación con la tarjeta de Valentina quemándome en el bolsillo y la advertencia resonando en mi cabeza. El orgullo de Marcus es un muro que yo misma ayudé a derribar en aquel motel, pero ahora ese mismo muro amenaza con caer sobre él.

Bajo los escalones hacia la acera, buscando mis llaves en el bolso. La calle está extrañamente desierta para ser media tarde. Un chirrido de neumáticos rompe el silencio.

Un coche negro, con los cristales tintados y sin matrícula visible, frena en seco justo frente a mí, bloqueándome el paso hacia mi vehículo. La puerta trasera se abre antes de que pueda reaccionar. No hay sirenas, no hay placas de policía. Solo el vacío oscuro del interior del coche y un hombre cuya presencia desprende una violencia gélida.

—Señorita Vega. —La voz es un susurro metálico que me hiela la sangre—. Tenemos asuntos pendientes sobre una grabadora. Entre en el coche si quiere que Thorne llegue vivo a la cena.

El corazón me golpea las costillas con una fuerza salvaje. Miro a mi alrededor, pero no hay nadie. Solo yo, el coche negro y el peso de una verdad que se ha vuelto mortal.

Capítulo 24: Fuera de control

—¡Contesta, maldita sea! —grito al vacío de mi despacho, lanzando el teléfono contra la pared.

El aparato estalla en mil pedazos, pero el estrépito no alivia la presión que siento en el pecho. He llamado a Elena diecisiete veces en los últimos diez minutos. La señal del GPS de su móvil se ha desvanecido cerca de la fundación de Valentina. No hay rastro de ella. No hay avisos. Solo un agujero negro donde debería estar la mujer que, hace apenas unas horas, me entregó su vida en forma de una grabadora digital.

Camino de un lado a otro como un animal enjaulado. Mi mirada cae sobre mi escritorio: los informes perfectamente alineados, la pluma estilográfica de plata, la agenda de piel... toda esa maldita parafernalia de control que no ha servido para protegerla.

En un arrebato de furia ciega, barro con el brazo todo lo que hay sobre la mesa. Los papeles vuelan, el tintero se estrella contra el mármol y mi mundo de orden absoluto se desintegra en el suelo. Ya no queda rastro del agente de los mil dólares. El hombre que emerge entre los escombros tiene los ojos inyectados en sangre y las manos temblorosas de puro terror.

Un zumbido rompe el silencio. No es mi teléfono, sino el dispositivo de emergencia que guardo en el cajón. Lo agarro antes del segundo tono.

—Thorne —la voz al otro lado es una distorsión metálica, fría como el hielo de la pista—. Tenemos a la periodista. Es más valiente de lo que parece, aunque sospecho que no le durará mucho si no colaboras.

Siento que el suelo desaparece bajo mis pies, pero la rabia me mantiene erguido.

—Si le tocáis un solo pelo, os juro por lo que más queráis que os enterraré tan profundo que nadie encontrará vuestros huesos —siseo, y mi voz suena extraña hasta para mí.

—Menos poesía y más negocios, Marcus. Queremos la grabación de Miller. La entrevista original, sin copias, sin trucos. Tienes dos

horas. Te enviaremos las coordenadas. Si vemos un solo coche patrulla, la señorita Vega se convertirá en una noticia de obituario.

Cuelgan.

Me quedo mirando la pared, jadeando. Harrison y su red han ido demasiado lejos. Creen que me conocen, creen que me quedaré paralizado calculando los riesgos legales. No saben que, por Elena, estoy dispuesto a quemar el mundo entero y sentarme a ver cómo arde.

Pero no puedo hacerlo solo. La liga me vigila y la policía está infiltrada. Necesito a alguien que no juegue según las reglas de los despachos. Alguien que conozca la oscuridad porque vive en ella.

Saco el teléfono de repuesto de la caja fuerte y marco un número que solo uso en casos de vida o muerte.

—¿Vance? —digo cuando escucho la respiración pesada al otro lado—. Soy Marcus. Necesito un favor. Y no es para salvar un contrato.

Samuel Vance, el portero de los Blizzard, el hombre que guarda los secretos más oscuros de Detroit bajo su máscara de hielo, guarda silencio un segundo.

—Dime a quién tengo que cazar, Thorne —responde con una calma que me devuelve un gramo de esperanza.

—A los que se han llevado a Elena. Trae todo lo que tengas. Esta noche no vamos a negociar; esta noche vamos a rescatar lo único que me importa.

Cuelgo y me ajusto la chaqueta, aunque ya no me importa si está arrugada. El Arquitecto ha dejado de construir; ahora, solo va a destruir a cualquiera que se interponga en mi camino.

Capítulo 25: El almacén de los Blizzard

El frío en este lugar no es como el del *Ice Palace*. No es un frío limpio, profesional. Huele a caucho quemado, a moho y a desesperación. Estoy atada a una silla de metal en el centro de lo que parece ser un antiguo almacén de equipamiento deportivo de los Blizzard, rodeada de cajas de madera que llevan años acumulando polvo.

Me duele la mandíbula por el golpe que me dieron al meterme en el coche negro, pero mi cerebro trabaja a mil revoluciones por minuto.

—¿De verdad habéis elegido un almacén de la liga? —suelto, escupiendo un poco de sangre—. El departamento de logística de Marcus os encontraría solo por el olor a incompetencia que desprendéis.

Un hombre sale de las sombras. No es el matón que esperaba. Lleva una chaqueta del equipo, pero no es la de un capitán. Es Miller Jr., un jugador de la tercera línea que apenas pisa el hielo cinco minutos por partido. Su rostro está desencajado, sudoroso, y sus manos tiemblan mientras sostiene un teléfono.

—Cierra la boca, Vega —masca él, caminando en círculos a mi alrededor—. Esto no es un juego. Debo demasiado dinero y Harrison es el único que puede evitar que me rompan las piernas.

—Harrison no va a salvarte, idiota —replico, forzando una sonrisa sarcástica que me escuece en el labio—. Eres un activo tóxico. En cuanto tenga la grabación, tú serás el siguiente en el montón de basura. ¿De verdad crees que un tipo que vendió al padre de Marcus va a tener piedad de un jugador de tercera categoría como tú?

Miller se detiene. Veo la duda cruzar sus ojos. He dado en el blanco. La red de apuestas no tiene lealtad; solo tiene deudas.

—Él me prometió que me sacaría del país —susurra, más para convencerse a sí mismo que a mí.

—Harrison promete amaneceres y entrega obituarios. Si quieres salir vivo de esta, tu mejor apuesta no es él, sino el hombre que

está a punto de tirar esa puerta abajo. Y créeme, Marcus Thorne no viene a negociar con una hoja de cálculo.

Utilizo mi sarcasmo como un bisturí, intentando sembrar la discordia entre Miller y los otros dos tipos que montan guardia cerca de la entrada. Necesito ganar tiempo. Necesito que se peleen entre ellos antes de que decidan que soy un cabo suelto demasiado peligroso.

—¿Y qué vas a hacer tú? —me espeta Miller, acercándose demasiado—. ¿Escribir un artículo sobre cómo vas a morir?

—No —respondo, clavando mi vista en la suya—. Voy a disfrutar viendo cómo Marcus te desmantela ladrillo a ladrillo.

El silencio que sigue es sepulcral, solo roto por el goteo de una tubería en algún lugar del techo. Pero entonces, algo cambia.

A través de la chapa oxidada del almacén, llega un sonido que conozco demasiado bien. No es un coche, ni pasos pesados sobre el hormigón. Es un deslizamiento largo, rítmico y metálico.

Schhh... Schhh...

El sonido de unas cuchillas de patines cortando la fina capa de agua helada que cubre el asfalto del exterior. Es un ritmo constante, letal, que se acerca a la puerta principal con una confianza aterradora.

Miller y sus hombres se quedan paralizados. Intercambian miradas de puro pánico. Alguien ha llegado, y no ha venido caminando. Ha venido sobre el hielo, reclamando su territorio.

Capítulo 26: Hielo y plomo

La oscuridad del muelle de carga es absoluta, pero el frío es mi elemento. Samuel Vance está a mi lado, una sombra masiva que exhala vapor como un dragón en reposo. Lleva una bolsa de lona al hombro y el rostro oculto bajo una gorra negra.

—Yo me encargo de los de la puerta trasera, Thorne —dice Samuel con su voz de barítono—. Tú entra por delante. Pero ten cuidado; esta gente no juega limpio.

—Quédate fuera, Vance —le ordeno, ajustándome los guantes de cuero—. Este es mi problema. Mi apellido está en esa puerta y mi mujer está ahí dentro. Mi orgullo me obliga a terminar esto yo solo.

Samuel asiente, respetando el código no escrito de los hombres que lo han perdido todo. Me deslizo hacia la entrada lateral. No llevo armas de fuego; no las necesito. En mi mundo, la información es el calibre más letal.

Entro en el almacén con la elegancia de un depredador. El olor a goma y moho me guía. Veo a Miller Jr. —un jugador que yo mismo fiché para la tercera línea— apuntando con una mano temblorosa a Elena. Ella está atada, con la barbilla alta, desafiándolos incluso en su hora más oscura.

Cuando mis botas resuenan sobre el hormigón, Miller salta como si le hubieran dado una descarga eléctrica.

—¡Ni un paso más, Thorne! ¡Tengo la orden de acabar con ella!

—No tienes nada, Miller —digo, avanzando con una calma que parece aterrarlos más que una pistola—. He revisado tus cuentas en las últimas dos horas. Debes medio millón a una mesa de Denver y otros trescientos mil a un sindicato de Chicago. Harrison no va a pagarte; Harrison ya ha enviado a un equipo de limpieza a tu casa.

—Mientes —jadea él, pero el arma empieza a bajar.

—Soy Marcus Thorne. Yo no miento sobre el dinero. —Me sitúo a tres metros de él. Mi faceta física, esa que oculto bajo trajes de mil dólares, emerge con una eficiencia aterradora. Me muevo rápido, golpeando el nervio de su brazo con una precisión que solo años de entrenamiento oculto podrían otorgar—. Suelta eso. Ahora.

El arma cae al suelo con un sonido metálico. En dos movimientos, Miller está contra la pared, con mi antebrazo presionando su garganta. No hay gritos, no hay disparos. Es una disección psicológica en mitad del caos.

—Dime quién más está en esto —siseo, apretando lo justo para que sienta el peso de su traición.

Me giro hacia Elena, que me observa con los ojos muy abiertos, descubriendo por primera vez que el hombre de los despachos sabe cómo usar la fuerza bruta. Empiezo a desatar sus cuerdas con manos que, por fin, tiemblan de alivio.

—Marcus... —susurra ella, pero Miller suelta una risotada histérica desde el suelo, donde se retuerce de dolor.

—¿Crees que eres el héroe, Thorne? —escupe Miller, con la cara roja—. Crees que Harrison te salvó porque le dabas lástima.

Me detengo, con la mano aún en el nudo de la cuerda que apresa a Elena. El aire se vuelve más gélido, si es que eso es posible.

—Cállate —le advierto.

—¡Tu padre no murió por deudas, imbécil! —grita Miller, soltando la bomba que hace que mi mundo estalle en mil pedazos—. No era un ludópata arrepentido. Lo matamos nosotros, Harrison dio la orden, porque Julian Thorne se negó a traicionar a los Blizzard. Se negó a amañar la final. Tu "mentor" te ha criado como a un perro faldero sobre la tumba del hombre al que asesinó.

El silencio que sigue es un abismo. Siento que el suelo desaparece bajo mis pies. La mano de Elena busca la mía entre las cuerdas sueltas, pero yo estoy congelado.

Toda mi vida, todo mi orgullo, toda mi carrera... construidos sobre las mentiras del hombre que mató a mi padre. Miro a Elena y, por primera vez, el Arquitecto no tiene un plan de contingencia.

Capítulo 27: El colapso del muro

El aire en mi apartamento huele a papel viejo, a café olvidado y a la vida real que Marcus ha evitado durante años. No es un santuario de diseño; es un caos de libros apilados y tazas desparejadas, pero esta noche es el único lugar del mundo donde las mentiras de la liga no pueden entrar.

Marcus está sentado en mi sofá de terciopelo desgastado. Todavía lleva el traje, pero la corbata ha desaparecido y la camisa está manchada de la grasa y el polvo del almacén. No se mueve. Tiene la mirada fija en sus manos, unas manos que han construido imperios sobre la tumba de su padre sin saberlo.

—Marcus... —Me acerco con una palangana de agua tibia y una toalla limpia.

Le aparto el cabello de la frente para limpiar un corte que tiene cerca de la sien. Él no se retira, pero tampoco me mira. Está en un lugar lejano, procesando cómo cada logro de su carrera ha sido, en realidad, una ofrenda al asesino de su familia.

—Toda mi vida —susurra, y su voz suena como cristal rompiéndose bajo un peso insoportable—. Cada vez que le di las gracias a Harrison por rescatarme... cada vez que protegí la reputación de la liga por gratitud... me estaba burlando de la memoria de mi padre.

—No lo sabías, Marcus. Fuiste una víctima más de su manipulación.

Él alza la vista y, por primera vez, el «Témpano» de la agencia se ha deshecho por completo. No hay rastro de arrogancia, ni de control, ni de orgullo. Sus ojos grises están anegados. Un segundo después, se inclina hacia delante y esconde el rostro en mi regazo.

El primer sollozo es un espasmo violento que sacude sus hombros anchos. Lo sostengo con todas mis fuerzas, rodeando su cuello con mis brazos, dejando que se rompa contra mí. Es una escena cruda, despojada de cualquier adorno literario; es el llanto de un niño que acaba de perder a su padre por segunda vez, pero esta vez con la certeza de la traición.

Llora por los diez años perdidos, por el odio injustificado hacia un hombre que murió por honor y por la soledad que eligió como escudo. Yo no digo nada. No hay palabras que puedan reparar un muro que ha tardado una década en colapsar. Solo lo sostengo mientras el mundo exterior, ese que él intentó domesticar, sigue girando con indiferencia.

Cuando por fin se separa, tiene el rostro marcado por la agonía, pero algo ha cambiado en su expresión. La confusión ha dado paso a una resolución gélida y afilada.

—Publícalo, Elena —dice, limpiándose la cara con el dorso de la mano.

—¿Qué? —Me quedo inmóvil, con la toalla en la mano.

—El artículo. La grabación de Miller, la confesión de Harrison, las apuestas... todo. No guardes nada.

—Marcus, si cuento la historia completa, tú quedarás como cómplice ante la liga. Dirán que lo sabías, que encubriste a Harrison hasta que ya no tuviste opción. Tu carrera se acabará mañana mismo.

Él se levanta y camina hacia mi mesa de trabajo, donde descansa su grabadora. La mira con un desprecio absoluto hacia lo que antes representaba su vida.

—Mi carrera murió en aquel almacén —afirma, clavando su mirada en la mía—. No quiero salvar a los Blizzard si eso significa salvar a Harrison. Quiero que el mundo sepa quién era mi padre y quién es el monstruo que lo mató. Aunque eso signifique que yo tenga que arder con ellos.

Se acerca a mí y me toma el rostro entre las manos. Ya no es el beso del motel, cargado de deseo; es un pacto de sangre.

—Escribe la verdad, Elena. No busques mi redención. Solo busca la justicia. Yo seré tu fuente principal. Mañana les daremos el titular que se merecen.

Capítulo 28: El sacrificio del peón

El nudo de mi corbata nunca se ha sentido tan apretado. Hoy no visto para una gala ni para cerrar un contrato millonario; visto para mi propia ejecución profesional.

He pasado la noche redactando mi dimisión y preparando el dosier con todas las pruebas que Miller me dio. Al amanecer, me he entregado en la comisaría de Vail Creek. He testificado durante cuatro horas, admitiendo cada negligencia, cada vez que miré hacia otro lado confiando en la persona equivocada. Sé que esto es el fin. Ningún equipo de la NHL volverá a poner su reputación en manos de un hombre que ha estado durmiendo con el enemigo durante una década.

Pero antes de que los abogados de la liga me prohíban la entrada, tengo una última parada.

El aire del vestuario de los Blizzard huele a lo de siempre: sudor, cinta de agarre y esa tensión eléctrica previa al partido. Cuando entro, el silencio cae como una losa. Los jugadores se detienen; Samuel Vance me mira desde su taquilla con un respeto sombrío, mientras Erick Vane deja caer sus guantes al suelo.

—He venido a deciros adiós —digo, y mi voz proyecta una seguridad que no siento por dentro—. En unas horas, la policía hará pública la investigación sobre Harrison y la red de apuestas. Yo he presentado mi dimisión irrevocable.

—¿Por qué, Marcus? —pregunta Erick, dando un paso al frente—. Tú nos salvaste anoche. No eres parte de la mierda de Harrison.

—Lo fui por omisión —respondo, recorriendo con la mirada el rostro de cada uno de mis hombres—. Mi apellido estaba manchado y yo intenté limpiarlo con el detergente equivocado. Os prometí que este equipo sería intocable, y permití que el diablo se sentara en vuestro banquillo. No merezco seguir aquí.

Me acerco al centro del vestuario, donde el logo de los Blizzard brilla en el suelo.

—Jugad por el nombre que lleváis en el pecho, no por el de los dueños de los despachos. Mi padre murió por este escudo. Haced

que su sacrificio valga la pena hoy.

No hay aplausos. Hay algo mucho más potente: una lealtad silenciosa que me oprime la garganta. Samuel Vance asiente una sola vez, un gesto que entre nosotros vale más que un contrato de renovación.

Salgo del vestuario sin mirar atrás. En el aparcamiento, saco mi teléfono y entro en la web del Denver Daily. Elena me prometió que publicaría la historia al mediodía. Me preparo para ver mi rostro bajo un titular que me catalogue como el cómplice caído, el hijo del traidor que repitió la historia.

Pero el titular no es el que yo esperaba.

Me detengo en seco, con el pulgar congelado sobre la pantalla. La foto no es una de mis poses de ejecutivo frío. Es una imagen borrosa de anoche, rescatando a Elena, con la mirada rota de alguien que acaba de descubrir la verdad.

El titular, en letras negritas y desafiantes, reza:

«EL ARQUITECTO DE LA VERDAD: CÓMO MARCUS THORNE DESTRUYÓ SU PROPIO IMPERIO PARA VENGAR EL HONOR DE LOS BLIZZARD».

Elena no ha escrito sobre mi caída. Ha escrito sobre mi redención. Y mientras leo las primeras líneas, me doy cuenta de que ella no solo ha salvado la memoria de mi padre; ha decidido salvarme a mí de mi propio orgullo.

Capítulo 29: La verdad tiene un precio

El zumbido de mi teléfono es una tortura constante. El artículo se ha vuelto viral en menos de seis horas; el mundo entero está devorando la caída de Arthur Harrison y el sacrificio de Marcus Thorne. Debería sentirme triunfadora, pero el sabor de la victoria es metálico y amargo.

—¿Te acostaste con él para conseguir las pruebas o las pruebas fueron el pago por el servicio? —me grita un reportero de una cadena nacional mientras intento entrar en mi portal.

La cámara me ciega con sus destellos. La opinión pública es una bestia caprichosa: por la mañana adoran el heroísmo de la historia y por la tarde lapidan a la periodista que la escribió. Han convertido mi profesionalidad en un chiste de vestuario. "La mujer que sedujo al Arquitecto" es el titular que ahora circula por los foros, ignorando los meses de investigación y el riesgo real que corrí.

Cierro la puerta de mi casa y me apoyo contra la madera, jadeando. El silencio de mi apartamento me envuelve, pero ya no me ofrece consuelo.

He tomado una decisión. No voy a volver a la redacción del *Chronicle*. No voy a seguir alimentando a los lobos que hoy me muerden la mano. Si la verdad tiene un precio, lo pagaré montando algo propio. Una agencia de comunicación ética, un lugar donde los hechos no necesiten ser adornados con el escándalo ni con el fango. He terminado con el periodismo que destruye vidas para vender clics.

Intento llamar a Marcus. Una, dos, diez veces. El contestador es la única respuesta. La angustia empieza a crecer en mi pecho. Desde que publicamos el reportaje y Harrison fue detenido en la sede de la liga, el rastro de Marcus se ha enfriado. Sabe que su carrera en la NHL se ha quemado hasta los cimientos y su orgullo, ese viejo enemigo, es capaz de cualquier cosa cuando se siente derrotado.

Bajo al portal al atardecer, movida por una inquietud que no me deja respirar. Necesito aire, necesito encontrarlo. Al abrir el buzón por inercia, no encuentro facturas ni publicidad.

Solo hay un sobre de papel Kraft, grueso y sin remitente.

Lo abro con manos temblorosas mientras el frío de Vail Creek me cala los huesos. Dentro no hay una carta de amor, ni una explicación, ni una promesa. Solo hay una llave de plata con un llavero de cuero que lleva grabadas las iniciales del ático de Marcus.

Mi corazón se detiene. Miro a ambos lados de la calle, buscando su todoterreno o su figura impecable entre las sombras de los edificios. Nada. El hombre que me enseñó que el control lo es todo se ha marchado sin decir adiós, entregándome la única cosa que realmente poseía: su santuario.

Marcus se ha ido. Ha cumplido su parte del trato, ha limpiado el nombre de su padre y ha desaparecido de mi vida dejando solo una llave fría en la palma de mi mano. El Arquitecto ha abandonado la obra, y me ha dejado a mí sola entre los escombros de lo que estuvimos a punto de construir.

Capítulo 30: El momento de la pérdida

El silencio de las Rocosas es distinto al de mi ático. Aquel era un silencio de diseño, estéril y controlado; este es un silencio salvaje que te obliga a escuchar tus propios pensamientos hasta que quieres gritar.

Llevo tres semanas en esta cabaña de troncos al norte de Silver Plume. Mis manos, antes acostumbradas a deslizar pantallas táctiles y firmar acuerdos de siete cifras, están llenas de callos y cortes. Paso las mañanas cortando leña hasta que mis hombros arden y el sudor se congela en mi piel. Es el único modo de acallar la voz en mi cabeza que me repite que lo he perdido todo.

Me asomo al porche y observo el lago helado. El sol de la tarde rebota en la superficie como si fuera un espejo roto.

Me siento indigno. Esa es la palabra que mi orgullo no me permitía pronunciar. ¿Qué puede ofrecerle Marcus Thorne a una mujer como Elena Vega ahora? Ya no soy el Arquitecto de los Blizzard. Soy un hombre con el nombre manchado por la asociación con un criminal, sin carrera en la liga y con una casa vacía que ya no me atrevo a pisar.

En mi mente cuadriculada, el amor era una transacción de valor: yo proporcionaba seguridad, estatus y control. Sin eso, creía que no era nada. Pero mientras veo cómo la nieve empieza a arremolinarse de nuevo, me doy cuenta de mi error. El orgullo no era amor propio; era el muro que construí para que nadie viera que, bajo el traje, siempre tuve miedo de no ser suficiente.

He pasado años intentando vengar a mi padre construyendo un imperio, y lo único que he conseguido es quedarme solo en mitad de la nada.

El viento empieza a aullar, anunciando otra ventisca de esas que cierran caminos y congelan el aliento. Me doy la vuelta para entrar y avivar el fuego cuando un destello de luces atraviesa la bruma blanca. Un motor ruge con dificultad, subiendo por el sendero que nadie debería transitar hoy.

El coche —una cafetera vieja que reconozco al instante— derrapa y se detiene a pocos metros del porche. La puerta se abre con esfuerzo y una figura envuelta en una bufanda roja emerge entre la nieve, cargando una maleta y un maletín de portátil como si fuera a conquistar una cumbre.

Elena.

Bajo los escalones de madera de dos en dos, con el corazón golpeándome las costillas. Ella llega hasta el porche, tiritando, con las pestañas blancas por la escarcha, pero con esa mirada de acero que siempre ha sido mi perdición.

—¿Estás loco? —le grito para hacerme oír sobre el viento—. ¡La carretera es una trampa mortal! Podrías haberte matado.

—Y tú eres un idiota, Thorne —responde ella, dejando caer la maleta con un golpe seco—. He pasado tres semanas buscándote. He tenido que sobornar a medio departamento de seguridad de la liga para encontrar esta ubicación.

—Elena, no deberías estar aquí. No tengo nada que ofrecerte. No hay contratos, ni áticos, ni reputación que salvar. He terminado.

Ella se acerca, invadiendo mi espacio personal con esa suficiencia que antes me desquiciaba y que ahora es lo único que me mantiene en pie. Me pone una mano helada en la mejilla, obligándome a mirarla.

—No te vas a librar de mí por una estúpida crisis de identidad, Marcus. No me enamoré de tu tarjeta de visita ni de tus trajes de mil dólares. Me enamoré del hombre que me sostuvo en aquel motel y que quemó su mundo por hacer lo correcto.

—Lo he perdido todo, Elena —susurro, y por primera vez, dejo que la vulnerabilidad gane la batalla.

—No has perdido nada que importe. —Ella señala su portátil—. He abierto la agencia. El primer cliente que quiero representar es a un exdirectivo de la NHL que tiene una historia de redención increíble que contar. Pero solo si deja de cortar leña y vuelve conmigo a la civilización.

La estrecho contra mí, hundiendo mi rostro en su bufanda, sintiendo su calor real y vivo. El hielo en mi interior se derrite por completo, no por el fuego de la chimenea, sino por la verdad que

ella trae consigo. El orgullo ha muerto, y en su lugar, por fin, hay espacio para algo mucho más sólido.

—Entra en casa, Vega —digo, rodeándola con mi brazo mientras el viento intenta, en vano, separarnos—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Capítulo 31: La invasión del búnker

La nieve me llega a las rodillas y el viento de las cumbres intenta empujarme de vuelta al valle, pero tengo demasiada rabia acumulada para rendirme ahora. Diviso la cabaña de Marcus, un refugio de madera oscura que parece una extensión de su propio aislamiento.

Cuando empujo la puerta, el calor del hogar me golpea, pero el hombre que encuentro frente a la chimenea me hiela la sangre.

Marcus está sentado en un sillón de cuero viejo. El "Arquitecto" ha desaparecido. Tiene barba de varios días, la camisa de cuadros arrugada y una mirada perdida que nunca creí ver en él. No hay rastro de la elegancia gélida de los Blizzard; solo queda el vacío.

—Vete, Elena —dice sin mirarme. Su voz es un eco ronco—. Te dejé la llave para que pudieras cerrar esa etapa. No para que me siguieras hasta este agujero.

—¿Cerrar la etapa? —Suelto la maleta con un estruendo que lo hace parpadear—. No soy una de tus cláusulas de rescisión, Thorne. No puedes simplemente "liquidar" lo que pasó en ese motel porque te sientes herido en tu precioso orgullo.

Él se levanta con una lentitud pesada. Se cruza de brazos, intentando recuperar esa postura de superioridad que ya no le sirve de nada.

—No tengo nada que darte. Soy un paria. He destruido mi nombre y he arrastrado el de mi padre por el fango de la prensa nacional. Mi nobleza me obliga a apartarme de ti antes de que te hundas conmigo.

—¡Oh, por favor! —Camino hacia él hasta invadir su espacio, golpeándole el pecho con el dedo índice—. No me vengas con esa basura de mártir. Tu "nobleza" no es más que cobardía disfrazada, Marcus. Tienes miedo. Tienes pánico a ser un hombre normal que tiene que empezar de cero sin un traje de mil dólares que le sirva de armadura. Te escondes aquí porque en el mundo real no puedes controlar el resultado, y eso te aterra.

—¡He perdido mi carrera, Elena! —estalla él, y por fin veo la chispa de furia que buscaba—. ¡Lo he perdido todo!

—¡Me tienes a mí! —le grito de vuelta, con las lágrimas quemándome los ojos—. Pero parece que eso no entra en tu maldita hoja de cálculo. No quiero al agente perfecto que nunca se equivoca. Quiero al hombre que se rompió en mi regazo. Quiero al hombre real, con sus cicatrices y su pasado de mierda. Si no puedes ver eso, entonces sí que lo has perdido todo.

La tensión entre nosotros vibra como una cuerda a punto de romperse. Marcus me mira con una mezcla de odio y deseo desesperado. El silencio de la cabaña se llena con el crepitar de la leña y nuestra respiración agitada.

De repente, Marcus me agarra de la nuca y me atrae hacia él con una urgencia violenta. Sus labios chocan con los míos en un beso que sabe a nieve, a humo y a una rendición absoluta. No es un beso tierno; es un reclamo, una lucha por el oxígeno en mitad de un incendio. En ese roce desesperado, Marcus entiende que sus muros no lo protegían de mí, sino que lo mantenían cautivo.

Cuando nos separamos, jadeantes, su frente descansa contra la mía. El granito de sus ojos se ha derretido.

—Eres una pesadilla, Vega —murmura contra mi boca.

—Soy tu nueva realidad, Thorne. —Saco mi tableta de la mochila y la enciendo, iluminando su rostro en la penumbra—. Mira esto.

Le muestro la bandeja de entrada de mi nuevo correo profesional. No son insultos, ni citaciones judiciales.

—El artículo ha cambiado las reglas del juego, Marcus. No te han destruido. Has creado un nuevo tipo de demanda. Tengo tres correos de equipos de la liga expansionista y una oferta de la propia NHL para una consultoría de integridad. Quieren transparencia, y tú eres el único hombre que ha demostrado tener el valor de quemar su propio imperio para conseguirla.

Marcus mira la pantalla y luego me mira a mí, dándose cuenta de que la jugada más arriesgada de su vida, la de ser honesto, ha sido la que finalmente le ha dado el gol de la victoria.

Capítulo 32: El renacimiento

Vail Creek ya no parece una fortaleza de cristal y sospechas. Bajo la luz clara de febrero, la ciudad tiene un aire de renovación que mi mente empieza a imitar. He vuelto, pero no he regresado al mismo sitio.

Me miro en el espejo de mi nuevo despacho, un espacio pequeño y luminoso cerca del estadio, lejos de la frialdad corporativa de Thorne & Co. He dejado atrás los trajes oscuros que me servían de armadura; hoy llevo una chaqueta de punto y una camisa de lino azul. Me siento más ligero, como si me hubiera quitado una mochila llena de piedras que ni siquiera sabía que cargaba.

—¿Listo para el foso de los leones? —Elena aparece en el umbral, apoyada en el marco de la puerta con esa sonrisa que ahora es mi único norte.

—Ya no son leones, Elena. Solo son hombres con miedo a que se sepa la verdad —respondo, dándole un beso rápido mientras recojo mi maletín.

La reunión con la junta de la liga no es el funeral que ellos esperaban. Entro en la sala de juntas y me mantengo en pie. No pido perdón. No bajo la cabeza. Durante una hora, desgrano los fallos del sistema que permitieron que Harrison operara en las sombras. No exijo mi puesto de vuelta; exijo una reforma estructural que proteja a los jugadores de los Blizzard y de cada equipo de la NHL.

Al salir, me encuentro con Erick Vane y Samuel Vance en el pasillo.

—Me han dicho que vas a asesorarnos de forma independiente, Marcus —dice Erick, estrechándome la mano con una fuerza que casi me disloca el hombro—. El vestuario te prefiere a ti que a cualquier burócrata de Nueva York.

—Mi prioridad sois vosotros, no las acciones de la liga —les aseguro.

Esa tarde, mientras camino con Elena por la banda de la pista de entrenamiento, observando cómo los chicos se deslizan sobre el

hielo con una alegría que hacía años que no veía, mi teléfono vibra. Es un correo oficial de la oficina del Comisionado Jefe.

Me detengo y leo el mensaje dos veces.

—¿Qué pasa? —pregunta Elena, notando mi cambio de expresión.

—Me ofrecen el puesto de Comisionado de Ética de la liga —susurro, pasándole el teléfono—. Es un cargo con plenos poderes para limpiar todas las franquicias. Es todo lo que mi padre habría querido para este deporte.

Elena lee el correo y luego me mira. Veo la sombra de una duda en sus ojos, una que ella intenta ocultar con profesionalidad.

—Es una oferta increíble, Marcus. Felicidades.

—Implicaría viajar mucho, Elena —digo, cerrando la distancia entre nosotros—. Auditorías en Detroit, Chicago, Toronto... Pasaría más tiempo en aviones que en Vail Creek.

La miro a los ojos y me doy cuenta de que este es el último reto de mi orgullo. Durante años, habría aceptado este puesto sin dudar, priorizando el poder y el estatus sobre cualquier otra cosa. Pero ahora, mientras el sonido de los patines contra el hielo llena el ambiente, sé que el «Arquitecto» tiene que tomar una decisión que no se basa en el éxito, sino en la felicidad.

Tengo el mundo a mis pies, pero ella es la única que me mantiene en la tierra. Y no estoy dispuesto a dejar que la distancia se convierta en el nuevo muro de nuestra historia.

Capítulo 33: El dilema de la carrera

El éxito tiene un sonido metálico, constante y, a ratos, agotador. Mi teléfono no ha dejado de sonar desde que la red de Harrison se desmanteló por completo. Lo que antes era desprecio mediático se ha transformado en una alfombra roja.

Estoy sentada en mi nueva oficina, todavía rodeada de cajas de mudanza, cuando recibo la llamada. El *National Globe* me ofrece la dirección de su sección de investigación. Es el trono del periodismo nacional. Es la meta por la que he corrido descalza sobre cristales durante toda mi carrera.

—¿Te imaginas, Marcus? —le digo esa noche, mientras compartimos una copa de vino en el suelo de mi apartamento—. Tendría libertad total, recursos ilimitados... y una oficina en Nueva York.

Él deja su copa a un lado y me mira. No hay rastro de la antigua frialdad, pero veo el peso de sus propios dilemas en sus ojos grises. Me acaricia la mano con el pulgar, un gesto que ahora es mi ancla.

—Y yo tengo la oferta de Comisionado de Ética esperándome en el escritorio. Auditorías constantes por todo el país.

El silencio que sigue ya no es una guerra, es una tregua incómoda. Hace un mes, habríamos usado nuestros logros como armas para ver quién cedía primero. Ahora, solo somos dos personas que se aman tratando de resolver un rompecabezas cuyas piezas no parecen encajar.

—No quiero que renuncies a Nueva York por mí, Elena. Jamás —dice Marcus con una firmeza que me corta el aliento—. Pero tampoco quiero despertarme sin tu caos en mi café.

—Encontraremos la forma, Thorne. Ya no somos peones en el tablero de otro. Ahora nosotros escribimos las reglas.

Para celebrar nuestras ofertas —y para olvidar por unas horas que el futuro nos exige elegir—, organizamos una cena en el *Vail Grill*. Es una estampa que habría parecido imposible hace semanas. Erick Vane y Marina ríen mientras Samuel Vance, siempre enigmático, observa a Clara con una suavidad que solo ella logra arrancarle.

Somos una extraña familia forjada en el hielo y la traición, pero por primera vez, las sonrisas son reales.

—Los Blizzard van a dar mucho que hablar este año —dice Erick, dándole un trago a su cerveza—. Con Marcus vigilando los contratos y tú, Elena, asegurándote de que nadie se pase de listo, somos invencibles.

—Por cierto, Marcus —interviene Samuel, dejando su tenedor sobre el plato—. He estado revisando el informe de ojeadores para el próximo fichaje de la temporada que viene. Un tal Lukas Volkov.

Marcus frunce el ceño, recuperando por un segundo su instinto de analista.

—Volkov es un prodigio en la liga rusa. Joven, rápido, pero con un historial disciplinario impecable. ¿Qué pasa con él?

—Eso es lo extraño —responde Samuel, bajando la voz—. Sus registros financieros están demasiado limpios. Casi quirúrgicos. Y hay una transferencia a una cuenta de fideicomiso en Suiza que no tiene sentido para un chico de su edad. Me recuerda demasiado a los patrones que vimos con Harrison al principio.

La temperatura en la mesa parece bajar varios grados. Miro a Marcus y veo cómo el "Arquitecto" se activa de nuevo, pero esta vez, busca mi mirada antes de sacar ninguna conclusión. La sospecha de un nuevo hilo del que tirar flota sobre nuestras cabezas, una sombra que sugiere que la corrupción en el hockey es un monstruo de muchas cabezas.

—Parece que mi primer caso como Comisionado de Ética acaba de llegar a la mesa antes de que acepte el cargo —murmura Marcus, apretando mi mano bajo el mantel.

—O mi primera exclusiva para el *Globe* —replico con una sonrisa desafiante.

El peligro sigue ahí fuera, pero esta vez, no nos va a pillar en bandos opuestos.

Capítulo 34: La última pieza del puzle

Vail Creek se despide del invierno con un sol pálido que apenas calienta las lápidas de granito. He pasado las últimas semanas entre despachos de abogados y declaraciones juradas, ayudando a Elena a cerrar cada fleco legal de su investigación. La red de apuestas ha caído, pero mi verdadera redención no tiene nada que ver con los tribunales.

He traído a Elena al cementerio viejo. Es un lugar que he evitado durante diez años; un sitio donde el estigma de mi apellido se sentía como una condena de cadena perpetua. Nos detenemos frente a una lápida sencilla que ahora, por fin, está limpia de sospechas.

Julian Thorne. Fiel al equipo hasta el final.

—Mi padre no era un hombre perfecto, Elena —digo, rompiendo el silencio mientras el viento frío nos azota el rostro—. Pero era un hombre de hielo. En el hockey, eso significa que no te quiebras bajo presión. Harrison creía que podía comprarlo, pero mi padre prefirió que lo borraran del mapa antes que permitir que el juego que amaba se convirtiera en un sucio negocio de apuestas.

Elena me rodea la cintura con el brazo. Ya no hay secretos. Le cuento la historia completa, sin filtros: los gritos en los pasillos de nuestra antigua casa, la desaparición repentina y cómo Harrison se presentó en el funeral como el «salvador» que terminaría de devorar los restos de nuestra vida.

Me miro la mano derecha. Llevo un anillo de sello de plata, desgastado, con el blasón de los Thorne. Mi padre lo llevaba siempre; era su símbolo de linaje. Durante años, lo sentí como una carga de plomo.

Me lo quito con un movimiento decidido.

—Toma —le digo, extendiendo la palma hacia ella.

Elena me mira con los ojos muy abiertos, dudando antes de rozar el metal.

—Marcus... es lo único que te queda de él. No puedo.

—Precisamente por eso. No es un compromiso de boda aún, Elena. Todavía tenemos mucho que discutir sobre Nueva York y

nuestras carreras. Es un símbolo. Te entrego mi confianza absoluta. Te entrego la verdad de mi familia porque tú fuiste la única que se atrevió a buscarla bajo el hielo.

Ella asiente, emocionada, y cierra los dedos sobre el anillo. El peso del pasado, por fin, se ha desvanecido.

Regresamos al coche. Pero antes de arrancar, saco del bolsillo la nota que me entregó el abogado de Harrison esta mañana. Una nota que mi mentor, desde su celda, se aseguró de hacerme llegar.

Desdoblo el papel. La caligrafía de Harrison sigue siendo elegante y firme.

«Felicidades, Marcus. Has ganado esta ronda. Pero recuerda: el hielo de Detroit nunca se derrite del todo. Hay deudas que el papel no puede cancelar y nombres que aún no has descubierto».

Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con la nieve de Colorado. Miro a Elena, que ya está revisando su teléfono para su nueva agencia, ajena a la advertencia. El puzle parecía completo, pero la nota de Harrison me recuerda que, en nuestra liga, la calma es solo el preludio de una tormenta mayor.

Arrugo el papel y lo lanzo al suelo del coche. No voy a decírselo hoy. Hoy, el hielo está en calma.

Capítulo 35: La gala de los Blizzard

El salón del hotel *Vail Regency* brilla con una opulencia que antes me habría hecho sentir como una intrusa. Hoy, sin embargo, el vestido de seda color esmeralda que llevo se siente como una armadura de confianza absoluta. Ya no busco un titular entre las sombras de los pasillos; estoy aquí para ser la mitad de algo real.

Marcus aparece a mi lado. No luce su uniforme de «agente impecable»; lleva un esmoquin que parece diseñado para un hombre que ya no tiene nada que ocultar. Su expresión es relajada, casi serena. Cuando me pone la mano en la cintura frente a la horda de fotógrafos que aguarda en la alfombra roja, no es una estrategia de imagen ni un movimiento calculado de relaciones públicas. Es un reclamo.

—Estás espectacular, Vega —susurra cerca de mi oído, ignorando el bombardeo de flashes que intentan captar nuestra primera aparición oficial—. Prepárate. En cuanto crucemos esa puerta, el mundo sabrá que el Arquitecto ha sido conquistado.

Entramos en el salón y el murmullo de la prensa es un ruido blanco de fondo. Marcus me presenta ante los dueños de los equipos, los patrocinadores y las viejas glorias de la liga con un orgullo que me hace vibrar. Ya no me oculta detrás de acuerdos de confidencialidad; me pone frente a todos como su igual, su compañera, la mujer que desmanteló su mundo para ayudarlo a construir uno mejor.

Lo que más brilla esta noche no son las lámparas de cristal ni las joyas de las invitadas, sino mi propia seguridad. Camino a su lado con la cabeza alta, ignorando los cuchicheos de aquellos que todavía intentan descifrar nuestro "contrato".

Sin embargo, la burbuja de perfección se agrieta cuando llegamos a la zona del bar.

Frente a nosotros, rodeado de un aura de hostilidad casi tangible, se encuentra el nuevo defensa que todos señalan como el futuro de la liga: Lukas Volkov.

Es joven, de facciones afiladas y ojos que parecen dos esquirlas de hielo siberiano. Su presencia es magnética, pero desprende una violencia gélida que me obliga a tensarme. Cuando Marcus le tiende la mano con cortesía profesional, Volkov no se mueve. Sus manos permanecen en los bolsillos de su chaqueta oscura.

Su mirada recorre a Marcus con un desprecio infinito y luego se clava en Samuel Vance, que observa la escena a unos metros de distancia con su habitual máscara de piedra. El odio en los ojos de Volkov es tan puro, tan antiguo, que el aire de la gala parece cristalizarse.

—Disfrutad de la fiesta mientras podáis —dice Volkov con un acento que suena a amenaza—. El hielo de Detroit tiene la memoria muy larga, Thorne.

Se da la vuelta y se marcha sin esperar respuesta, dejándonos con un rastro de duda en mitad de nuestra noche de gloria. Marcus y Samuel intercambian una mirada cargada de un entendimiento oscuro. La gala sigue, pero la sombra de Volkov nos recuerda que algunas deudas no se pagan con dinero, sino con sangre sobre el hielo.

Capítulo 36: El discurso

Subo al estrado bajo una ovación que me sorprende. La comunidad de Vail Creek me observa con una mezcla de curiosidad y respeto renovado, pero yo solo busco una mirada entre la multitud. Ajusto el micrófono y decido no mirar las notas que preparé. Ya no necesito un guion para decir la verdad.

—La integridad —empiezo, y mi voz proyecta una firmeza que nace de las cenizas de mi orgullo— no es la ausencia de errores. Es la voluntad de destruirlo todo, incluso a uno mismo, para salvar lo que es correcto. El hockey me lo dio todo, y mi propia ceguera casi me lo quita. Pero hoy, los Blizzard no juegan por el dinero de las apuestas ni por los intereses de un mentor; juegan por el honor de este escudo y de esta ciudad.

Cuando termino, el aplauso es ensordecedor. Veo a Don Mateo asentir desde el fondo y a los jugadores levantar sus copas. He recuperado mi lugar, pero esta vez los cimientos no son de cristal, sino de algo mucho más sólido.

Sin embargo, lo que realmente deseo es escapar.

Una hora después, el estruendo de la gala queda atrás. Llevo a Elena al Ice Palace. El estadio está en penumbra, las luces de emergencia bañan la pista de un azul fantasmal y el silencio solo se rompe por el zumbido de los motores de refrigeración. El aire es frío y puro; huele a hielo recién cortado.

—¿Patinar? ¿Ahora? —pregunta Elena con una risa incrédula mientras le pongo unos patines que he sacado del almacén.

—Es una parte esencial de tu formación, Vega. No puedes ser la mujer de un Blizzard si no sabes mantenerte en pie sobre el hielo.

La escena es desastrosa y perfecta. La enseño a patinar sujetándola por la cintura mientras ella se tambalea, suelta maldiciones divertidas y se agarra a mis brazos como si fueran salvavidas. El "Arquitecto" desaparece por completo entre sus tropezones y mis carcajadas. El tipo serio del traje de mil dólares se ha quedado en la gala; aquí solo soy un hombre que intenta que su chica no acabe de bruces contra el suelo.

En mitad de la pista, donde el hielo es más liso y la oscuridad nos envuelve, la detengo. La inercia nos deja flotando un instante.

Me arrodillo sobre la superficie helada. No saco un anillo ni busco un compromiso eterno, todavía no. Miro hacia arriba y tomo su mano entre las mías.

—Elena, durante años me oculté tras muros de control y estrategias de imagen —le digo, con la respiración formando pequeñas nubes de vapor entre nosotros—. Hoy, sobre este hielo que es mi único hogar verdadero, te prometo que nunca más volveré a ocultarme. Mi orgullo ahora es ser el hombre que tú ves, no el que el mundo espera que sea.

Elena me atrae hacia ella y me besa con una ternura que me quita el aliento. En mitad de la pista vacía, la promesa pesa más que cualquier contrato.

Capítulo 37: Construyendo el hogar

El ático de Marcus ya no huele a limpieza industrial y soledad cara. Ahora, el aroma a café recién hecho y el olor a tinta de mis informes de la agencia llenan cada rincón. He decidido establecer mi propia base de operaciones en Vail Creek; una agencia de comunicación que no solo vende imagen, sino que defiende la verdad. Y el primer paso para mi nueva vida ha sido invadir, de forma sistemática y deliberada, el búnker de cristal de Thorne.

Me mudo definitivamente. Pero esta vez no soy una invitada bajo contrato.

He redefinido el espacio. Las paredes grises ahora sirven de apoyo para estanterías repletas de mis libros, con sus lomos desgastados y sus notas en los márgenes. He introducido colores: un sillón de terciopelo azul marino aquí, unos cojines de color ocre allá, y una alfombra de lana que invita a caminar descalza.

Observo a Marcus desde la cocina. Está sentado en su escritorio de diseño, pero ahora tiene que apartar una de mis plantas de interior para poder abrir su portátil.

—Esto es un desastre estético, Vega —dice, aunque la sonrisa que juega en sus labios lo traiciona—. Hay un libro de crímenes reales sobre mi informe de auditoría y juro que he visto un calcetín tuyo cerca de la cafetera de mil dólares.

—Se llama personalidad, Marcus —respondo, acercándome a él—. El minimalismo está sobrevalorado. Necesitabas un poco de caos para recordar que estás vivo.

Él se levanta y me rodea la cintura con los brazos. El "Controlador" ha aprendido a disfrutar de la incertidumbre; ya no se tensa cuando algo no está en su sitio. De hecho, parece que ha encontrado la paz en el desorden que he traído a su existencia. Se inclina para besarme, un beso lento que sabe a planes de futuro y a una estabilidad que ninguno de los dos creía posible.

—Me gusta este caos —murmura contra mi piel—. Me gusta que sea nuestro.

Pero hay algo que Marcus todavía no sabe, algo que he descubierto esta mañana mientras él estaba en una reunión con los Blizzard.

Busco en el bolsillo de mi cárdigan y saco una pequeña cajita. No es un regalo lujoso ni una joya de firma. Se la tiendo con la mano un poco temblorosa.

—¿Qué es esto? —pregunta, frunciendo el ceño con curiosidad.

—Nuestra primera decisión como familia —susurro.

Marcus abre la caja. Dentro no hay un anillo, sino un pequeño collar de cuero con una placa grabada. En el metal brilla nuestro número de teléfono y un nombre: Puck.

—Un cachorro de Husky —explico, viendo cómo sus ojos se iluminan con una ternura que me corta el aliento—. Llega mañana. Dicen que son expertos en destrozar muebles caros y en no seguir ninguna regla. Creo que encajará perfectamente en esta casa.

Marcus me estrecha contra su pecho, riendo por primera vez con una alegría pura y desinhibida. El hombre que lo calculaba todo se rinde ante la llegada de un ser que no entiende de horarios ni de contratos. La última pieza de nuestro hogar acaba de encajar.

Capítulo 38: El partido de campeonato

El rugido del Ice Palace no es solo ruido; es una vibración que me golpea el esternón y me recuerda que estoy vivo. Hoy no estoy en un palco privado, aislado tras un cristal blindado mientras reviso cláusulas de rescisión o calculo el impacto de un posible escándalo en la prensa. Hoy estoy en la grada, rodeado de bufandas azules y blancas, sintiendo el frío de la pista como un espectador más. Como un amigo.

Observo a Erick Vane liderar el ataque con una ferocidad que me llena de un orgullo nuevo, uno que no tiene que ver con su valor de mercado, sino con su valor como hombre. A su espalda, Samuel Vance es una muralla infranqueable. Ya no veo activos financieros moviéndose sobre el hielo; veo a mis hermanos de armas cerrando una etapa de oscuridad.

Busco con la mirada la zona de prensa, situada en el lateral superior de la pista. Allí está Elena. Lleva los auriculares puestos y escribe con una velocidad frenética en su portátil, gestionando la cobertura de su nueva agencia de comunicación. Se ve impecable, poderosa, dueña de su propia narrativa.

En un breve parón del juego, ella levanta la vista. Nuestras miradas se encuentran a pesar de la distancia y la multitud. Me lanza un beso rápido, un gesto casi imperceptible para los demás, pero que para mí es el ancla que me mantiene firme en mitad del caos. Le devuelvo una sonrisa que no tiene rastro de mi antigua máscara de hierro.

El cronómetro llega a los últimos diez segundos. El marcador refleja un empate técnico que hace que nadie en el estadio se atreva a respirar.

—¡Ahora, Erick! —grito, y mi voz se pierde en el clamor de veinte mil gargantas.

Erick intercepta el disco en la zona neutral, esquiva a dos defensas con una agilidad suicida y lanza un disparo que impacta en la red con un sonido seco, definitivo.

El silencio de un milisegundo precede a la explosión.

La bocina final suena, desgarrando el aire. ¡Los Blizzard son los campeones!

La grada se convierte en un mar de euforia. Salto la valla que me separa de la zona técnica, ignorando el protocolo que tanto me obsesionaba antes. Corro hacia la pista mientras el confeti inunda el ambiente y los jugadores se amontonan unos sobre otros en un abrazo épico. Ya no soy el agente que teme el descontrol; soy el hombre que celebra la victoria más limpia de su vida.

Miro hacia Elena y veo que ella también ha dejado de escribir. Se ha puesto en pie y me mira con una alegría que eclipsa cualquier trofeo. Hemos ganado el campeonato, pero lo más importante es que hemos ganado el derecho a disfrutarlo sin sombras.

Capítulo 39: La victoria real

El eco de los vítores todavía resuena en mis oídos, pero la paz del ático es lo que realmente necesito. El confeti que se quedó enredado en mi pelo ha terminado esparcido por la alfombra del salón, un rastro brillante de la locura que acabamos de vivir en el *Ice Palace*.

Marcus deja las llaves sobre la mesa y se quita la chaqueta con un movimiento lento. No hay cámaras aquí, ni juntas directivas, ni escándalos que tapar. Solo estamos nosotros dos y el silencio cómplice de una ciudad que duerme bajo el peso de un campeonato ganado.

—Lo hemos conseguido, Marcus —susurro, acercándome a él.

Él me toma por la cintura y me atrae hacia su cuerpo. Siento su corazón latiendo con fuerza bajo la camisa, un ritmo constante que ya no intenta ocultar. Me mira con una intensidad que me corta el aliento, pero no es la mirada del hombre que controla el mundo; es la de alguien que, por fin, se siente parte de él.

—No, Elena. Ellos han ganado un trofeo —dice, y su voz tiene una aspereza cargada de emoción—. Yo he ganado algo mucho más grande. Mi mayor orgullo no es ese pedazo de metal, ni siquiera es haber recuperado mi reputación ante la liga. Es el hombre en el que tú me has convertido. Un hombre que puede mirarse al espejo y reconocerse.

No me deja responder. Me besa con una voracidad que sabe a libertad, a alivio y a una promesa cumplida. Sus manos, antes siempre tan contenidas, recorren mi espalda con una urgencia que me incendia la piel. Me guía hacia el dormitorio mientras nuestras ropas se convierten en obstáculos que desaparecen entre caricias y suspiros.

En la penumbra de la habitación, la frialdad del pasado se disuelve por completo. Ya no hay muros de orgullo ni estrategias de defensa. Solo hay piel contra piel, una danza de cuerpos que se conocen y se reclaman en cada centímetro. Marcus me hace suya con una entrega absoluta, celebrando no una victoria deportiva, sino la conquista de su propio corazón. Cada gemido y cada roce son el cierre de un

contrato que nunca firmamos, pero que ambos aceptamos cumplir: el de ser la verdad del otro.

Cuando el fuego cede y nos quedamos envueltos en las sábanas, el silencio ya no es un abismo. Marcus me abraza por la espalda, pegando su pecho a mi columna, y me besa el hombro con una ternura infinita.

—¿Estás bien? —murmura contra mi piel.

—Nunca he estado mejor —respondo, entrelazando mis dedos con los suyos.

Me quedo mirando las luces de Vail Creek que titilan a través del ventanal. Por primera vez en mi carrera y en mi vida, no estoy buscando la siguiente historia ni el siguiente conflicto. He encontrado un momento de paz absoluta que no necesita ser redactado ni editado. Es nuestra victoria real, y es lo único que quiero conservar para siempre.

Capítulo 40: El cierre del círculo

Me siento en el pequeño escritorio de madera que Elena me regaló para el ático. Delante de mí, una hoja en blanco y una pluma que pesa más que cualquier contrato de patrocinio. Ya no hay rastro de la frialdad corporativa; solo queda el hombre que, por fin, tiene algo que decir.

Querido padre: —escribo, y mi caligrafía es firme por primera vez en años—. Hoy los Blizzard han ganado la final. Pero lo más importante es que hoy, tu nombre vuelve a ser sinónimo de honor. Te perdono por el peso que me dejaste, por el silencio y por la soledad, porque ese peso me obligó a buscar respuestas que me llevaron hasta ella. Descansa en paz. La deuda está pagada y tu hijo, por fin, está en casa.

Doblo el papel y siento cómo una losa invisible se desprende de mis hombros. La guerra ha terminado.

Días después, organizamos una barbacoa en la nieve en el jardín de nuestra cabaña. Es una estampa que resume por qué sobrevivimos a la tormenta de los Blizzard. Miro a mi alrededor y veo los hilos que nos unen. Erick y Marina ríen mientras él intenta, sin éxito, que el bebé no se coma un guante; Samuel y Clara comparten un silencio cómodo junto a la parrilla, con esa complicidad de quienes han visto la oscuridad y han decidido ignorarla; Julian y Valentina discuten sobre algún tecnicismo legal del caso Harrison, aunque terminan la frase con una sonrisa que suaviza el rigor de sus argumentos.

Somos una familia de supervivientes, un grupo de personas que aprendieron que el hielo es más fuerte cuando se mantiene unido.

Elena sale de la casa con una bandeja de bebidas y el cachorro de Husky, Puck, correteando entre sus piernas y amenazando con derribarla. Ella ríe, con el cabello alborotado por el viento y las mejillas encendidas por el frío, y mi corazón sufre un vuelco que nada tiene que ver con la adrenalina del deporte.

Me acerco a ella y la rodeo con el brazo, atrayéndola hacia mi costado. Ella apoya la cabeza en mi hombro y suspira con una

satisfacción pura, observando el caos alegre que hemos provocado en este rincón de las montañas.

—¿En qué piensas, Thorne? —pregunta, mirándome de reojo con esa chispa de desafío que nunca se apaga.

—Pienso en que el orgullo es una herramienta peligrosa —respondo, dándole un beso en la sien—. Durante años lo usé como una barrera para que nadie pudiera herirme. Pero ahora entiendo que estaba equivocado. El orgullo ya no es mi muro, Elena. Ahora es mi motor. Me siento orgulloso de lo que somos, de lo que hemos construido y, sobre todo, de ser el hombre que camina a tu lado.

Ella aprieta mi mano y nos quedamos allí, viendo cómo el sol se pone tras los picos nevados. El círculo se ha cerrado, las deudas se han saldado y, por primera vez en mi vida, el futuro no es un informe de riesgos que debo gestionar, sino una aventura que estoy ansioso por vivir.

Capítulo 41: Epílogo

Vail Creek bajo el sol de agosto es un espectáculo de verdes intensos y cielos imposibles. Seis meses han pasado desde que el hielo se derritió y, con él, mi antigua vida de persecuciones y sombras. Hoy, el escaparate de la librería de Don Mateo exhibe mi orgullo personal: Bajo el Hielo: La verdad de los Blizzard.

El libro es número uno en ventas, pero lo que realmente me llena es la libertad con la que dirijo mi propia agencia. Ya no busco la aprobación de redacciones amarillistas; ahora soy yo quien decide qué historias merecen ser contadas y qué verdades deben salir a la luz.

—¿Te gusta cómo ha quedado? —La voz de Marcus aparece a mi espalda, seguida de sus brazos rodeándome la cintura.

—Me gusta más el hombre que lo está mirando —respondo, girándome para darle un beso rápido.

Él luce relajado, con esa seguridad serena que solo tienen los que ya no ocultan nada. Su papel como Comisionado de Ética lo ha convertido en un faro de integridad en la liga, y nuestra vida cotidiana es un equilibrio perfecto entre el caos de mis libros, sus nuevos proyectos y los ladridos de Puck, que ahora corretea por la acera persiguiendo una hoja seca. Entramos en la librería, donde el aroma a papel viejo y cera nos recibe como un abrazo familiar.

Don Mateo nos saluda desde el mostrador con una inclinación de cabeza, pero mi instinto, ese que nunca llegó a dormirse del todo, se pone en alerta antes de que la campana de la puerta vuelva a sonar. Samuel Vance está allí, en un rincón, ojeando un libro de historia militar. Se tensa al mismo tiempo que yo.

La puerta se abre con un golpe seco.

Un hombre que no encaja en la atmósfera bucólica de Vail Creek entra en el local. Es joven, de hombros anchos y una mirada que parece forjada en las profundidades de un invierno siberiano. Reconozco su rostro de los informes de ojeadores que han estado circulando por la oficina: es el nuevo fichaje estrella de Detroit.

Camina hacia el mostrador con una confianza que roza la insolencia. Ignora los libros y clava sus ojos oscuros directamente en los míos. El aire en la librería parece enfriarse diez grados de golpe. Sin decir una palabra, mete la mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero y saca un objeto que deja caer sobre la madera con un sonido metálico y pesado.

Es un disco de hockey pintado de negro mate, con una inscripción grabada que me revuelve el estómago.

—He venido a cobrar una deuda, Thorne —dice el extraño, y su voz suena como el crujido del hielo bajo un peso excesivo—. Y Detroit no acepta pagos en papel.

Miro a Samuel. Su rostro es una máscara de piedra, pero veo la sombra del pasado reflejada en sus pupilas. La paz que tanto nos costó construir acaba de resquebrajarse bajo la presión de ese disco negro. Elena me aprieta la mano, notando mi pulso acelerado. Miro al nuevo jugador y sé que nuestra victoria no fue el final del partido, sino el inicio de una guerra mucho más personal.

El extraño me dedica una sonrisa gélida antes de dar media vuelta.

—Nos vemos en el hielo, Arquitecto.

¿Te has quedado con ganas de más hielo y pasión?

El orgullo de Marcus Thorne se ha derretido, pero cada gran incendio comienza con una sola chispa. Si te ha vibrado el corazón con los Blizzard, es hora de que descubras cómo empezó todo, en el lugar donde el frío es más intenso y las defensas más altas.

Vuelve al origen. Vuelve al primer partido.

No dejes que la lectura termine aquí. Si te ha gustado la fuerza de esta historia, la que lo inició todo te atrapará desde la primera página.



HAZ CLIC AQUÍ PARA LEER «PURO HIELO»